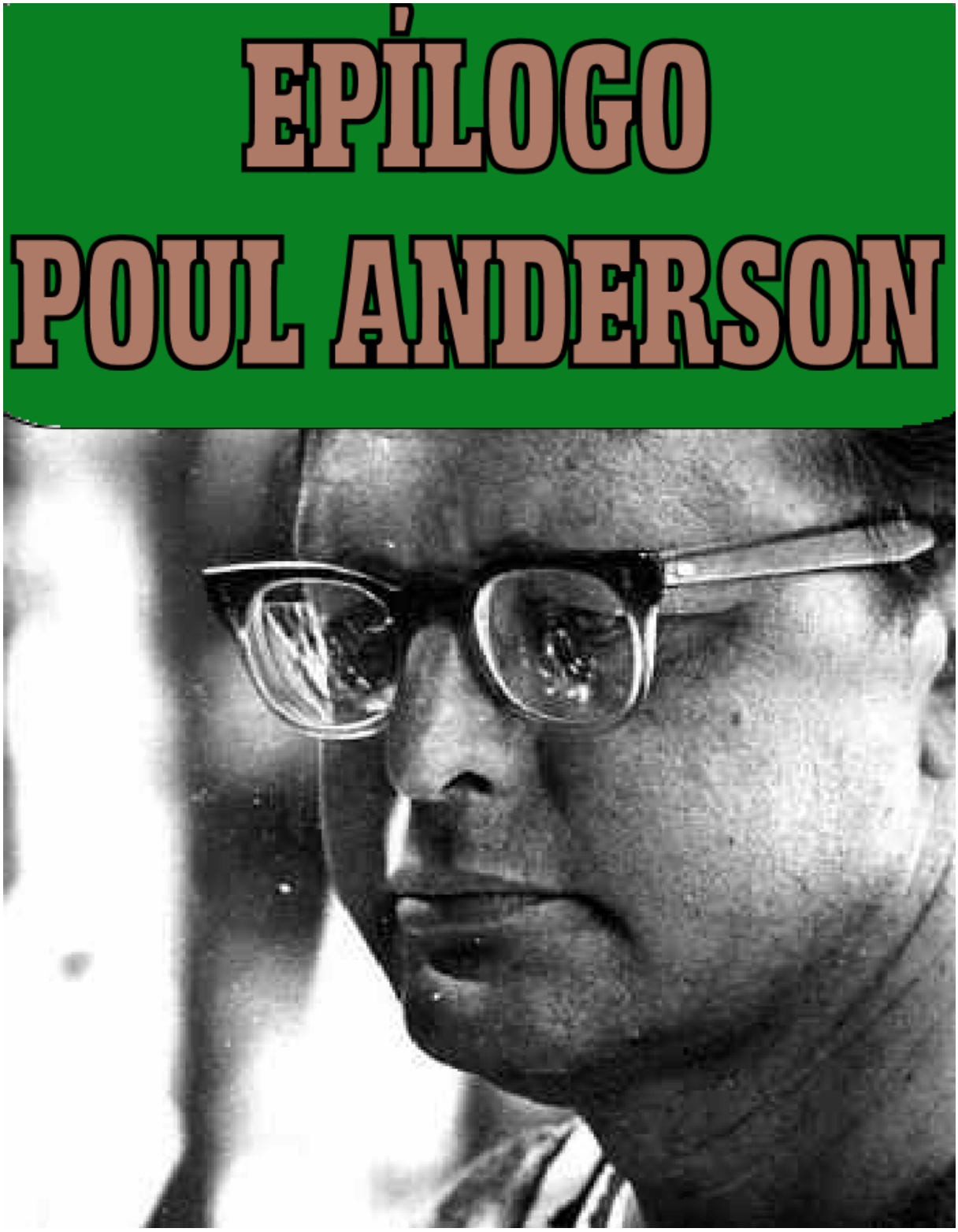
EPÍLOGO
POUL ANDERSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Su nombre era una sucesión de pulsaciones radiales. Convertidas en las ondas de sonido equivalentes habrían producido un disonante chirrido, ya que él, como muchas conciencias, era el centro de su propia existencia. Llamémoslo Cero.

Aquel día había salido de caza. En la cueva las reservas de energía habían llegado a un punto crítico. El otro, a quien se podría llamar Uno puesto que era el habitante más importante dentro del universo de Cero, no se había quejado. No era necesario; él también había sentido una disminución de la potencia. Cerca había abundancia de acumuladores, pero había que procesar cierta cantidad de determinadas células para recargar a Uno. Los movibles en cambio disponían de más energía concentrada y, naturalmente, estaban mejor organizados. Era posible desmembrar por completo el cuerpo de un movible, sin necesidad de muchas reformas, para que Cero pudiera utilizarlas. A pesar de las mínimas exigencias de su funcionamiento, el mismo Cero deseaba una carga más fácilmente asimilable de la que procedía de los acumuladores.

En resumen, ambos necesitaban un cambio de dieta.

Las piezas de caza ya no se acercaban a la cueva; durante los últimos cien años habían aprendido que ese no era un lugar seguro, y Cero supo que pronto iba a tener que tomar alguna iniciativa.

Pero la mera idea de tener que ayudar a Uno a lo largo de kilómetros y kilómetros de peligroso territorio escarpado, cubierto de maleza le hacía retrasar la decisión. Seguramente dentro de un radio de pocos días de su morada actual iba a poder encontrar grandes movibles. Uno le ayudó a ajustarse a la espalda una percha para acarreo, tomó algunas armas y se puso en marcha.

El crepúsculo estaba próximo. Cuando encontró los rastros el cielo estaba claro todavía: cristales de tierra rotos aún sin arreglar, varias tablas cortadas de algunos troncos... Conectó sus receptores en el punto de sensibilidad máxima, para controlar todas las bandas de frecuencia que generalmente transmitían ruidos de movibles. Captó una conversación de baja amplitud entre dos personas que estaban a unos cien kilómetros y que debido a alguna excentricidad atmosférica había llegado de tan lejos; un poco más cerca percibió las señales de pequeñas formas escurridizas que no valía la pena cazar; un volador se lanzó hacia las alturas y por un momento llenó de estática su campo de percepción. Pero ninguna onda del grande. Seguro que ha pasado hace días por aquí - pensó -, y ahora estará fuera del alcance del receptor...

Bueno, siempre le quedaba el recurso de seguirle el rastro y por lo menos alcanzar al torpe aserrador. Sin duda se trataba de un aserrador (conocía bien los signos), por lo tanto, bien valía la pena que la caza fuera larga. Se hizo una rápida inspección: todas las partes en perfecto orden. Y se puso en marcha a largos pasos; se desplazaba con un esfuerzo que podía levantar cualquier cosa que hubiera en la huella.

Terminó el crepúsculo. Por encima de las montañas se elevaba la pequeña lente fría de una luna casi llena. Los vapores nocturnos resplandecían en espesas masas y chorros contra un cielo negro violáceo en el que las estrellas relucían en el espectro óptico y susurraban y cantaban en el campo radial. La selva reverberaba de aloy*, resplandecía en heladas partículas de silicato. El viento resopló en lo alto entre las placas absorbentes de radiación y las hacía tintinear unas contra otras; se oyó el zumbido de un horadador mientras un desherbador tascaba a través de encajes de cristal y un río frío y ronco bramaba por una cuesta hacia el valle.

Mientras se abría paso zigzagueando entre troncos, vigas y varillas con la facilidad que da la larga práctica, Cero no apartaba su atención de los receptores de radio. Esa noche

percibía algo extraño en las frecuencias altas, una nota corta, extraviada..., una serie de notas, voz, zumbido, nunca había oído nada similar ni sabía de otros que lo hubieran escuchado... Pero el mundo estaba lleno de misterios. Nadie había cruzado el océano rumbo al oeste ni las montañas hacia el este. Por último, Cero dejó de escuchar y puso toda su atención en localizar a la presa. No era tarea fácil moviéndose tan lentamente como lo hacía mientras sus antenas ópticas quedaban anuladas por la oscuridad. En un momento recogió lubricante de una perforación del cilindro y el otro diluyó sus ácidos con un trago de agua. Varias veces sintió que sus células energéticas se polarizaban, y se detuvo un rato hasta que pasara. Descansó.

El cielo, empalidecido por el alba en los picos distantes, se volvió gradualmente rojo. Vapores húmedos y sulfurosos rodaron por las cuestas hacia el valle. Cero pudo ver la huella nuevamente, y empezó a moverse con ansiedad.

Entonces volvió a escuchar aquello tan extraño, sólo que esta vez con más fuerza.

Se acuclilló. Su antena tembló levemente. Sí, los impulsos venían desde cierta altura, y seguían cobrando fuerza. Muy pronto sería capaz de identificarlas como los ruidos radiales que se asocian al funcionamiento de un movible. Pero no las sentía como los tipos ya conocidos..., había algo más: un áspero armónico ondulante, como si hubiera recogido alguna pérdida desde el borde de un rayo modulado de onda corta.

El sonido le causó impresión.

Al principio era un silbido delgado, alto y frío por encima de las nubes del alba. Pero en pocos segundos había crecido hasta convertirse en un rugido que sacudió la tierra, reverberó por las montañas y repiqueteó en las placas del sorbedor hasta hacer retumbar toda la selva. La cabeza de Cero parecía una cámara de resonancias; el barullo le sacudía el cerebro de un lado a otro. Orientó hacia arriba las antenas horrorizadas y mareadas. Entonces vio descender aquella cosa.

Enloquecido, en el primer momento pensó que sería un volador. Al menos tenía como ellos un cuerpo fino y ahusado y las aletas de aire. Pero nunca había visto un volador que descendiera en una cola multicolor de llamas. Tampoco ningún volador era capaz de oscurecer porción tan grande de cielo... ¡Y a menos de dos kilómetros de distancia!

Cuando aquello aterrizó sintió el impacto destructivo: estructuras derribadas, cristales de tierra disueltos, un pequeño horadador aplastado en su cueva... Una ola de angustia cundió por toda la selva. Se arrojó al suelo achatando el cuerpo todo lo que pudo mientras se aferraba a los restos de su propia cordura con las cuatro manos. Cuando el monstruo estuvo asentado en su lugar, el silencio que siguió fue como el estallido de un trueno final.

Cero levantó lentamente la cabeza. Sus percepciones se aclararon. Un rayo de sol atisbaba sobre la tierra. Parecía una afrenta que el sol se atreviera a salir como si nada hubiera sucedido. Los últimos ecos se perdieron entre las montañas.

Decisión repentina: no era el momento para ser precavido con su propia existencia. Cero abrió al máximo la corriente de su transmisor.

- ¡Alarma! ¡Alarma! Todos aquellos que estén recibiendo que se preparen para transmitir. ¡Alarma!

Alguien contestó a cuarenta kilómetros del lugar. No dejó de aumentar la intensidad de la potencia ni por un momento: muy bien podría llamarse Dos.

- ¿Eres tú, Cero? Noté algo extraño en dirección a tu posición. ¿Qué sucede?

Cero no pudo contestar de inmediato. Sentía en su cabeza el murmullo de muchas voces, y otros llegaban desde las colinas, de las cimas de las montañas, de llanuras, de chozas y tiendas y cuevas: cazadores, mineros, agricultores, fabricantes de herramientas convertidos de pronto en una sola unidad. Pero él emitía señales a su lugar de origen.

- Quédate aquí dentro, Uno. Trata de conservar las energías. No estoy herido. Tendré cuidado. Tú, escóndete y espera mi llamada.

- ¡Silencio! - vociferó una estridencia que todos reconocieron como procedente de Cien. Era el más viejo de todos, probablemente había pasado por media docena de cuerpos.

Su proceso mental mostraba ya los efectos de una polarización irreversible y era más lento, se había desgastado poco a poco, pero conservaba la sabiduría que le habían dado los años y era él quien presidía los concejos.

- Cero, informa de lo que has observado.

- No es fácil - dijo el cazador, vacilante -, estoy en...

Dio detalles de su ubicación.

- ¡Ah, sí - murmuró Cincuenta y Seis -, es cerca de la gran pérdida de galena...!

- Eso parece un volador, pero es enorme; más de treinta metros de largo. Bajó a un par de kilómetros de aquí en un chorro incandescente y ahora está quieto. Creo haber escuchado la señal de un rayo. De ser así el grito no se parece al que haya emitido movible alguno hasta ahora.

- ...por estos lugares - agregó astutamente Cien -, pero algo de ese tamaño con aletas tan estrechas no es capaz de deslizarse..., lo que me hace dudar que se trate de uno de rapiña.

- Acumuladores de señuelo - dijo Ocho.

- ¿Eh? ¿Qué pasa con esos? - preguntó Cien.

- Bueno, que si los acumuladores de señuelo son capaces de emitir señales tan poderosas como para controlar cualquier pequeño movible que se hubiera acercado, y hacerlo entrar entre sus muelas, tal vez esta cosa tenga una habilidad semejante. A juzgar por su tamaño, puede tener un radio de acción enorme, y de cerca sería capaz de dominar a grandes movibles. También a personas, quizás.

Algo parecido a un estremecimiento pasó por la banda de comunicación.

- Probablemente sea un desherbador - dijo Tres- . En ese caso...

Su señal se perdió en la nada, pero la idea permaneció en las mentes parcialmente unidas.

¡Un movible de semejante tamaño...! Tantos megavatios-hora en sus células de engría. Cientos, quizá miles de partes útiles. Toneladas de metal. Oye, Cien: acaso tu tátara-creador pueda recordar semejante caza hace cientos de milenios.

No.

Si es peligroso será preciso ahuyentarlo o destruirlo. En caso contrario debemos repartirlo entre todos. Pero de cualquier modo, hay que atacarlo.

Cien no vaciló en tomar una decisión:

- Que todas las personas masculinas tomen las armas y se dirijan al punto de reunión en Broken Glade, sobre el río Gusto a Cobre. Cero, tú acércate lo más que puedas y observa todo, pero manténte en silencio a menos que ocurra algo imprevisto. Cuando estemos reunidos podrás darnos detalles para trazar un plan concreto. ¡Aprisa!

Las voces callaron en el receptor de circuitos. Cero volvió a quedarse solo.

Los rayos oblicuos del sol pasaban sobre las cimas y se perdían en la selva. Sedientas, las negras caras de los acumuladores volvían hacia él las placas absorbentes para beber radiaciones. La bruma se disipó dejando troncos y vigas brillantes de humedad. Una suave brisa hacía tintinear las protuberancias de silicato que salían al paso. Por un momento Cero quedó maravillado ante tanta belleza. El deseo de que Uno estuviera junto a él y el temor de pronto el aliento del monstruo lo convirtiera en metal fundido pareció afinar la diafanidad matinal.

En su interior tomó cuerpo una determinación. Debajo de ella había un torbellino de franca avidez. En todas las décadas transcurridas desde que fuera activado no había habido banquete igual al que esta caza prometía. Se preparó rápidamente. Ante todo tomó en cuenta sus armas ordinarias. No podría sujetar al monstruo con un lazo corredizo de alambre ni creía

que el martillo de hierro bastara para quebrarle las partes delicadas, que al parecer no tenía, ni tampoco que los pernos de acero de su ballesta pudieran perforar una placa fina para cortar un circuito vital. Pero la palanca dentada con cabeza de lanza podría serle de utilidad. La sostuvo con una mano mientras que con las otras dos desataba la cuerda y la colocaba en la percha de acarreo, junto al resto del armamento. No tardó en enganchar diestramente la antorcha de cortar en el lugar correspondiente. Nadie usaba este invento artificial salvo para trabajos imprescindibles, para terminar con un gran movible cuyas células pudieran reemplazar la tremenda energía gastada por las llamas, o en casos de extrema necesidad. Por el momento sólo tenía intención de espiarlo.

Salió caminando al acecho, erguido entre las sombras y los reflejos del sol, protegido por el camuflaje que lo hacía casi invisible. Los movibles que sentían su presencia huían o se quedaban inmóviles. Ni aun el gran acuchillador era rapaz tan temido como una persona en expedición de caza. Así fue desde el remoto día en que algún genio salvaje había provocado la primera chispa para dominar la electricidad.

Cero esta a medio camino, moviéndose cada vez con más lentitud y precaución, cuando percibió a los recién llegados.

Se detuvo bruscamente. Por encima de su cabeza el viento agitaba las ramas ahogando todo otro sonido. Pero sus antenas electrónicas logran contar una..., dos..., tres siluetas en movimiento que venían de la dirección del monstruo. Sus emisiones eran tan extrañas como las de aquél.

Cero permaneció largo rato haciendo esfuerzos por sentir y por entender lo que sentía. Pudo apreciar que el flujo de potencia de los tres era muy pequeño, que apenas podía se detectado aun desde distancia tan corta. Un horadador y un saltador empleaban más energía para moverse. El flujo también era peculiar; no se parecía en nada al de un movible; era demasiado simple, como si se tratara de uno o dos circuitos oscilantes. Opacos, fríos, carentes de actividad. Por otra parte, la señal de potencia... Porque ese parloteo tenía que ser una señal... ¡Era un grito! Esas cosas hacían tal barullo que los receptores conectados al mínimo podían recoger las señales a cinco kilómetros de distancia.

Era como si no supieran nada de caza, rapaces o enemigos.

O como si no les importara.

Cero se detuvo durante un tiempo más. El pavoroso evento le produjo un retintín. Se podría decir que estuvo armándose de coraje. Finalmente asió con firmeza su palanca dentada y salió al encuentro de los tres.

No tardaron en quedar expuestos a su sentido visual y a su radar entre las protuberancias. Se quedó inmóvil tras una estructura para espiarlos. Su mente reaccionó con silencio al asalto de la sorpresa. De acuerdo con el nivel de energía había comprendido que las cosas eran pequeñas, pero le llevaban de ventaja casi la mitad de su propio tamaño. Sin embargo, cada uno tenía sólo un motor que funcionaba con fuerza apenas suficiente para mover el brazo de una persona. Esa no podía ser la fuente de energía. Pero entonces, ¿qué era?

Recuperando el uso de la mente trató de estudiar en detalle las extrañas características de los tres. Sus formas no eran muy distintas de las suyas, aunque poseían dos brazos, una giba y facciones indefinidas. Muy distintas al monstruo, aunque indudablemente estaban asociados a él. Sin duda los había enviado como ojos-espías, tal como solían hacer los cubos rodantes. Desde hacía más de un siglo algunas personas habían intentado convertir a movibles semejantes en asistentes de cazadores. Sí, algo tan grande y torpe como el monstruo bien podía necesitar ayudantes.

Entonces, ¿el monstruo es un rapaz? O tal vez - y la idea recorrió como el rayo el circuito completo de Cero - se trate de un pensante... ¿...cómo un persona? Trató de encontrar sentido a las señales moduladas entre los tres bípedos. No, era imposible. Pero...

¡Un momento!

Las antenas de Cero oscilaron violentamente hacia atrás y hacia adelante. No podía creer la verdad. Esa última señal procedía del monstruo, oculto tras un kilómetro de bosque. Iba del monstruo a los bípedos. ¿Acaso estaban contestando?

Los bípedos se dirigían hacia el sur. Al paso que iban probablemente encontrarían rastro de sus movimientos, y siguiendo esas huellas llegarían a la cueva donde estaba Uno mucho antes de que los varones de Cien pudieran reunirse en Broken Glade.

Entonces el monstruo se enteraría de la existencia de Uno.

Tomó una decisión. Abrió al máximo la energía del transmisor, pero dirigía las ondas evitando emitirlas hacia ningún lado. No quería dar ninguna clave en cuanto a la ubicación de aquellos a los que estaba llamando.

- ¡Atención! ¡Atención! Conectaos conmigo: unión sensorial directa. Estoy a punto de emprender la captura de los movibles.

Después de mirar a través de sus ópticos y escuchar con sus receptores, cien exclamó:

- No, espera. No debes denunciar nuestra existencia ni localización antes de que estemos preparados para actuar. ¿De acuerdo?

- De todas maneras el monstruo no tardará en enterarse de nuestra existencia - contestó Cero -. La selva está llena de viejos campamentos, herramientas rotas, trampas, piedras astilladas, escoria... Pero ahora tengo la ventaja de la sorpresa. Si fracaso y me destruyen igualmente podrán recoger ciertos datos... ¡Estad alerta!

Salió a la carga detrás de las vigas.

Los tres habían pasado de largo. Al sentirlo giraron repentinamente. Escuchó la modulación quebrada de la señal de potencia de los otros. Un onda, de frecuencia menor, aulló una respuesta. ¿Sería la voz del monstruo? No había tiempo para pensar en eso. A pesar de su torpeza y lentitud, los bípedos entraron en acción. El del centro arrancó un tubo que llevaba atravesado a la espalda. Mientras avanzaba con pesados trancos pensó que aún no había hecho ningún ademán francamente hostil hacia ellos, pero... El tubo se iluminó y emitió algunos rugidos.

El impacto hizo trastabillar a Cero, tirándolo hacia un lado. Cayó sobre una rodilla. Se sintió desbordado por señales destructivas de circuitos rotos. Mientras un dolor punzante le anunciaba su próxima extinción, conservó la cabeza lo suficientemente clara para ver que le habían despegado la mitad superior del brazo.

El tubo le apuntaba sin vacilar. Se levantó. En su interior relampagueó la certidumbre del peligro en que se encontraba. Otro bípedo tenía los brazos alrededor del tercero, que trataba de sacar un objeto pequeño de una funda.

Cero disparó toda la potencia disponible por medio de sus efectores. Aprovechando que la velocidad lo tornó borroso, se hizo a un lado mientras la otra mano izquierda tiraba la palanca dentada. Cruzó como un meteorito por un haz de sol e hizo blanco en el tubo. Arrancado de manos del bípedo, el tubo se estrelló contra el suelo y se dobló.

Cero se arrojó sin tardanza sobre los tres. Ya había podido identificar su sistema de comunicación: un transmisor y una antena colocada fuera de la piel. Con la mano derecha golpeó la espalda de un bípedo, arrancándole la radio. La antorcha escupió con precisión. El comunicador del otro bípedo, fundido ya, quedó en silencio.

El tercero trató de escapar. Con cuatro grandes pasos Cero logró asirlo. Desconectó la antena y se la puso bajo el brazo pateando con furia mientras trataba de dar caza a los otros dos. Cuando hubo atrapado al segundo, el primero se mantenía firme agitando las manos al azar mientras trataba de defenderse. Los amarró a todos juntos con el lazo de alambre. Como medida de precaución vació la percha de acarreo del que le había disparado. Esos objetos

delgados podían ser peligrosos aun cuando el tubo que los había arrojado estuviese roto. Metió a los bípedos bien apretados dentro de su percha de acarrear.

Entonces esperó un momento. De la selva no salía más ruido sónico que el del viento de los acumuladores. Pero el espectro radial vociferaba. El monstruo rugió y la transmisión de Cero rodó entre cielo y montaña y de persona a persona se trasladó por todo el territorio.

- Y ahora, basta de hablar - dijo, terminando su informe -. No quiero que el monstruo me siga el rastro. He impedido que esos auxiliares se pongan en contacto con él. Y ahora los llevaré a mi cueva para estudiarlos. Espero presentar algunos datos útiles en nuestro encuentro.

- Esto puede asustar al monstruo - dijo Setenta y Dos.

- Mejor - replicó Cien.

- En ese caso - dijo Cero -, por lo menos habré conseguido algo en mi expedición de caza.

Después de desconectar el transmisor desapareció entre las sombras de la selva.

II

Al separarse de la nave espacial, el navío produjo un susurro. A bordo, la maquinaria palpitaba, tintineaba, sorbía y exhalaba aire para devolverlo renovado, y se mantenía ocupada en asuntos de calor y luz, de computación y propulsión. Pero todo no era más que una base para el silencio.

Hugh Darkington miraba hacia afuera por la portilla delantera. Mientras el navío se despegaba de la órbita de la madre describiendo una curva, el gran casco relució en el cielo, luego cayó hacia babor y se esfumó rápidamente hasta desaparecer de la vista. Las estrellas, hasta entonces ocultas, salieron de pronto, pequeños puntos de hielo que brillaban contra la agobiante oscuridad.

No le parecían diferentes. Pero debían de serlo, naturalmente. Vistas desde la superficie de la Tierra esas constelaciones serían completamente extrañas. Pero en el espacio había tantas estrellas visibles, que al menos para los ojos de Darkington ellas formaban un gran caos. Desde el puente de la nave espacial el capitán Thurshaw le había señalado que la Vía Láctea tenía una nueva forma, que faltaba este ángulo y que aquella bahía no estaba en el mismo lugar que tres billones de años atrás. Para Darkington eran sólo palabras. En su carácter de biólogo nunca había prestado demasiada atención a la astronomía. Aturdido por ese aislamiento, no podía hallar pensamientos que le importaran menos que la forma de la Vía Láctea.

El navío seguía describiendo espirales. Para entonces la Luna había pasado por su campo de visión. En los eones transcurridos desde que el Traveler partiera, la Luna se había alejado de la Tierra, aunque no tan lejos como se había pronosticado, porque, según decían, el estrecho de Behring había desaparecido al mismo tiempo que otros lugares registrados; sin embargo, ahora apenas parecía un bruñido penique. A través de los telescopios de la nave se parecía a sí misma. Tenía algunas montañas nuevas, otros cráteres y un poco más de erosión termal y antiguas caracerísticas, pero Thurshaw fue capaz de identificar casi todo lo que vió. Resultaba grotesco que la Luna perdurara cuando todo lo demás había cambiado.

Incluso el Sol Observando a través de un filtro era un disco borroso y rutilante. Quizá no tanto en términos absolutos. La tierra se había acercado algo, ya que la fricción de polvo interplanetario y gas ocasionó una pérdida milenaria. A medida que las reacciones atómicas fueron intensificándose, el Sol, que había aumentado de tamaño, se tornó asimismo más

caliente. Todos estos cambios se notaban claramente en tres billones de años, aun a escala cósmica. Para un organismo vivo y consciente era la llegada del Juicio Final.

Darkington maldijo en voz baja y apretó el puño hasta que la piel palideció sobre los nudillos. Era un hombre enjuto, de rostro alargado y rasgos prominentes; su pelo castaño había encanecido un poco temprano. Entre sus recuerdos se destacaban hermosas espiras sobre una escuadrilla de Oxford, maravillas vistas a través de un microscopio, un barco a vela deslizándose contra la brisa en la bahía de Nantucket, el penacho de agua que dejaba tras de sí, el ruido de las gaviotas y las campanas de la iglesia que repicaban alegremente; la camaradería silenciosa ante un tablero de ajedrez y el brindis con grandes vasos de cerveza, bosques encendidos por el verano indio: todas esas cosas estaban muertas. Había pasado ya el efecto del shock y los cien hombres y mujeres a bordo del Traveler volvían a funconar, pero lo que fuera su hogar había sido amputado de sus vidas, y el muñón dolía.

Frederika Ruys apoyó su mano en la de él y apretó levemente. El trató de aflojar la tensión de sus músculos y esbozar una sonrisa como respuesta.

- Después de todo - dijo ella -, sabíamos que partíamos por mucho tiempo y que quizá no regresaríamos...

- Pero habríamos estado en un planeta viviente -, murmuró él.

- Aún podemos encontrar alguno - afirmó Sam Kuroki desde su asiento de piloto-, en un radio de cincuenta años luz no hay menos de seis estrellas del tipo G.

- No será lo mismo - protestó Darkington.

- No - dijo Frederika -, pero en cierta manera, ¿no será más? Nosotros, los últimos seres humanos en todo el universo, con el privilegio de empezar otra vez la raza...

No había ninguna timidez en su actitud. No era bonita, al contrario, bastante regordeta y fea; su pelo lacio era amarillento y la boca demasiado grande. Pero esos detalles carecían de importancia desde que la nave había entrado en tiempo acelerado. Lo cierto es que Frederika Ruys era un alma valiente y un competente ingeniero. Darkington se consideró dichoso de que lo hubiera elegido a él.

- Después de todo, quizá no seamos los únicos - dijo Kuroki. Sus facciones achatadas se distendieron en una de sus habituales sonrisas. Enfrentaba la inmensidad con la tozudez de un gorrión -. ¿Acaso no podrá haber otras colonias además de la nuestra? Está claro que en esta época los descendientes serán enanos calvos que sólo piensan en el cálculo...

- Lo dudo mucho - contestó Darkington -. Si en cualquier lugar de la galaxia hubiera humanos sobrevivientes, ¿no creéis que habrían vuelto aquí para sembrar la vida? Este es el planeta madre - y dejó escapar una exclamación entrecortada.

Mientras el Traveler describía su órbita alrededor de una Tierra irreconocible habían analizado el tema ceintos de veces, pero no podían evitar lo que era obvio una y otra vez, como el enfermo que insiste en tocarse la herida.

- No, en realidad creo qeu la guerra empezó en cuanto partimos. La situación mundial estaba a punto de estallar entonces.

Esa fue la razón por la construyó el Traveler, siguió pensando, y también por eso había partido con tanta prisa. Cincuenta parejas apretujadas para ir a establecerse en Tau Ceti II antes de que lanzaran los cohetes. Oficialmente se trataba de un equipo de científicos, por supuesto, y la empresa había sido costeada por una de las grandes fundaciones. Pero, como todo el mundo sabía, el hecho era que tenían esperanzas de salvar un fragmento de la civilizació para volver algún día y ayudar en la reconstrucción... si podían. (Hasta la confederación de países panasiáticos reconocía que una guerra total significaba un retraso de cien años en la historia; y los gobiernos occidentales eran menos optimistas todavía.) Durante los últimos meses la tensión había aumentado en forma tan acelerada que no hubo tiempo siquiera de controlar realmente el impulso del campo magnético. Una máquina tan nueva y

tan poco conocida debió de haber sido sometida a una infinidad de pruebas antes de ser lanzada con toda su potencia. Pero... bueno, el año siguiente podía ser demasiado tarde. Algunas naves exploratorias que viajaban a la velocidad de la luz habían visitado ya las estrellas cercanas y sus tripulaciones estuvieron expuestas a los efectos de algunas semanas en tránsito, nada más. ¿Por qué no probar con el Traveler?

- ¿La guerra total? - preguntó Frederika como lo había hecho ya otras veces -. ¿Luchar hasta que todo el mundo sea estéril? No, no puedo creerlo.

- No en la forma simple y directa que tú dices - admitió Darkington -. Posiblemente la guerra haya terminado con vencedor nominal, pero seguramente hubo más devastación de la que nadie imaginara. Y el vencedor habrá quedado demasiado pobre para emprender la reconstrucción o mantener las pocas plantas que habrán podido quedad en pie. Eso significa una caída precipitada hacia la Edad Negra.

- Hmmm, no sé - murmuró Kuroki -; había demasiada maquinaria disponible. Sobre todo autmática. Como esas balsas marinas a energía solar recolectoras de mineral. Y muchos otros artefactos auto-suficientes. Creo que la industria podría ser reactivada a base de todo eso.

- Los efectos de la radioactividad se habrán sentido en todas partes - señaló Darkington -; considerad el efecto a largo plazo sobre la ecología... Oh, claro, todo el proceso habrá podido llevar siglos mientras una especie cambiaba y moría, después otra, dependiente de la primera, y así las demás. ¿Cómo creéis que se recrearía la tecnología cuando las ciencias biológicas subsistentes se desintegran a su alrededor?

Tras sacudirse, irguió la espalda y avergonzado por su debilidad de monentos antes, trató de mirar el horror directamente a la cara.

- Eso es lo que me atrevo a pensar... puedo estar equivocado, pero los hechos parece que me dieran la razón. Aunque imagino que nunca tendremos una certeza absoluta.

En su lento deambular, la Tierra estuvo de pronto a la vista. El disco planetario aparecía circundado de un tono azul negruzco. Nubes aborregadas continuaban rondando sobre océanos brillantes y al recibir las primeras luces precursoras del alba resplandecían en la oscuridad cerca del límite de la luz. La Tierra seguía siendo hermosa.

Pero las formas continentales eran nuevas, moteadas con duros puntos de reflejo negro y ocre donde antes había sido suavemente verde y pardo. No existían los cascos polares; las temperaturas marítimas oscilaban entre ochenta y doscientos grados farenheit. No quedaban restos libres de oxígeno; la atmósfera era de nitrógeno, sales amoniacales, ácido sulfúrico, dióxido de azufre, dióxido de carbono y vapor. Los espectroscopios habían buscado en vano algún resto de clorofila o cualquier otro compuesto orgánico complejo... La corteza del suelo era metálica, vista vagamente a través de las nubes.

Eso ya no era la Tierra... No había ninguna razón para que el Traveler enviara un navío y tres humanos imprescindibles para corroborar la absoluta falta de vida. Pero nadie se atrevía a sugerir que abandonasen el sistema solar sin efectuar antes una visita como la dispuesta. Darkington recordó que cuando tenía doce años lo llevaron a ver a su abuela muerta. La había amado tiernamente; esa máscara extraña y sin sentido que estaba en el ataúd no era ella. Pero entonces, ¿dónde estaba?.

- Y bien - dijo Kuroki con voz demasiado estridente -, no importa lo que haya sucedido; ha debido ser hace tres billones de años. Olvidadlo, bastantes problemas tenemos.

- Es imposible olvidar, Sam - dijo Frederika sin apartar la vista del planeta -. Ya no dejaremos de preguntarnos y esperar que ellos..., al menos los niños, no hayan sufrido demasiado.

Darkington la miró sorprendido mientras en voz baja, indiferente a la presencia de los hombres, ella seguía murmurando:

Para contarles el final del día, y hacerles ver su estatura sorprendente y al mirar al fondo de unos ojos suaves protestar: no es demasiado tarde, quédate despierto unos minutos más, tan sólo para jugar con esa hermosa esfera. Pero igual te levantas para que nadie escuche decir: Un niño llora, tú eres grande. Guarda ya todos tus juguetes.

Te deja llevar un osito lanudo a la cama, aunque en el fondo dude que los dos puedan pasar los salones iluminados del sueño o los vuelos sin alas.

En torno a tu cabeza arrebuja las mantas, te acaricia el cabello y te besa la frente.

Apaga la luz cuando se va: Buenas noches, duerme bien.

Kuroki se volvió para mirarla. La camisa a cuadros se le arrugó a la altura de los hombros.

- Lo que faltaba: poemas - dijo -. ¿Quién escribió eso?

- Hugh - dijo Frederika -. ¿No sabías que publicó poesías? Y muchas. Antes de conocerlo, ya admiraba su obra.

Darkington se ruborizó, halagado por el interés de ella, aun cuando siempre había considerado a Entonces llegará la muerte como un intento juvenil.

Pero al menos la turbación reemplazó momentáneamente la tristeza. (Aunque sólo en la superficie. Siempre quedaría allí, en el fondo de cada uno de ellos. Confiaba en no transmitirla demasiado a sus hijos. No lloremos para siempre a Sion.)

Se inclinó hacia adelante. Miraba al planeta con creciente interés mientras la curva de aproximación los llevaba alrededor del globo. Sólo esperaba encontrar algunas respuestas a un sinnúmero de preguntas.

Una de ellas era: ¿Por qué en tres billones de años la vida no había evolucionado? Después de unos pocos siglos, a los sumo, la radiactividad tuvo que haber desaparecido. Entonces las condiciones primitivas de la Tierra se habrían restablecido. ¿O quizá no? ¿Qué habrá sido lo que salió mal esta vez?

Despertó sobresaltado, al tiempo que Kuroki decía:

- Bien, creo que podemos inclinar un poco la curva de nuestra trayectoria.

Había transcurrido un intervalo sorprendente. El piloto tocó apenas los mandos y la aceleración aumentó levemente. El disco terráqueo, ya enorme, se dilató a tremenda velocidad, como si fuera a caérseles encima.

De pronto, sutilmente, ya no estuvo hacia un lado o arriba, sino abajo. Y ya no era un cosa entre las estrellas sino el suelo convexo de una creación en forma de cuenco.

Los motores resoplaron con más fuerza. En las apretadas mandíbulas de Kuroki sobresalían nudos de músculos en tensión. Movía las manos como un pianista. Su ayudante era más el amor de el navío que el mismo, pensó Darkington.

Un cerebro orgánico y un manojo de nervios eran incapaces de encontrar a tientas con el radar un lugar donde aterrizar tantas toneladas, bajando a través de la turbulencia atmosférica a tal velocidad. La dirección central del navío realizaba las operaciones fundamentales. Se trataba, básicamente, de una computadora cuya energía provenía de instrumentos, y sus impulsos eferentes pasaban directamente a los mandos. Su tarea era tremendamente compleja; casi tan difícil como el trabajo de guiar los músculos de un hombre mientras camina. "Ven por aquí", decían los dedos de Kuroki al navío. Pero la dirección bien podía no hacer caso.

- Creo que bajaremos entre aquellas colinas - dijo el piloto gritando por encima del rugido de los motores -. Quisiera quedar al este de la salida del Sol para disponer de un día completo, y allá está el sitio más prometedor de esta zona. Las tierras bajas parecen demasiado fangosas.

Darkington asintió mientras miraban a Frederika, quien contestó con una sonrisa y el pulgar hacia arriba. El se inclinó y haciendo fuerza con su arnés de seguridad la besó

ligeramente en los labios. Ella se ruborizó de placer de una manera que le resultó conmovedora.

Algún día, en otro planeta que no había nacido cuando salieron de Tierra...

Él le había revelado su inquietud de que cuando se internaran en el espacio profundo el motor volviera a averiarse y los propulsores giraran sin control a través del tiempo, hasta agotar todo el combustible. El motor con carga completa podía durar tres billones de años con un error de pocos millones más o menos, así lo habían calculado los físicos de a bordo. Y pensándolo bien, ¿seis billones de años después de Cristo el Sol no estaría tan dilatado como para tragarlos cuando emergieran?

Ella le había dicho que no golpeándole los nudillos con la regla de calcular, pero que sería preciso que confiara en su palabra, puesto que él no sabía matemáticas; una vez le había informado que sólo llegó hasta las ecuaciones diferenciales, y ella sonrió y le dijo que entonces nunca había tomado un curso de matemáticas. Según le afirmó, la aceleración del teimpo podía explicarse por la misma teoría que reforzaba el impulso del campo magnético. El efecto, en realidad, había quedado demostrado en experimentos de laboratorio. "¡Oh, sí! Conozco todo eso - había dicho él -. La fuerza reactiva rota a través de una cuarta dimensión queda aplicada a lo largo del eje temporal en vez del espacial." "Como tus propias palabras acaban de demostrar - dijo ella -, no sabes nada con respecto a todo eso. Pero no importa. Lo que sucedió es que un múltiple defectuoso generó el efecto de aceleración en nuestro motor. Pero ahora hemos destruido todo y empezado desde cero. Sabemos que tiene que funcionar bien. Los tanque han sido cargados nuevamente. El ecosistema de la nave está en perfecto orden. Cuando lo deseemos podremos despegar hacia un sol más joven y viajar durante cincuenta años-luz sin envejecer más que algunos meses." Tras estas palabras, y viendo que no había nadie cerca, se refugió en los brazos de él y eso fue más reconfortante que todas las palabras.

Un último adiós a la buena Tierra - pensó él -, entonces podremos empezar otra vez la vida que recibiéramos de ella.

Aumentó la presión sobre el cuerpo. Hacia final se recostó en la silla, que se había convertido en un sofá, y se concentró en la respiración.

Tocaron tierra.

Durante largo rato los envolvió el silencio. Kuroki fue el primero en moverse. Aflojó las correas que aprisionaban su breve cuerpo y colocó la silla en posición vertical. Con una mano descolgó el micrófono de la radio y con la otra presionó algunos botones.

- Navío llama a Traveler. Hola. Hola.

Con los músculos doloridos Darkington también se liberó y ayudó a incorporarse a Frederika, que se reclinó un momento contra él.

- Tierra - dijo, tragando saliva -. Querido, ¿deseas ser el primero en mirar por la portilla? Yo no tengo el coraje suficiente.

De pronto se dio cuenta de que nadie había mirado el paisaje todavía. Trató de hacerlo con gestos inseguros.

Permaneció inmóvil tanto tiempo que al fin ella se puso de pie y fue a mirar.

III

No percibieron toda la extrañeza del espectáculo hasta que se colocaron los trajes espaciales y salieron. Cambiando muy pocas palabras entre los tres empezaron a andar, mirando, sintiendo. Los cerebros tardaron en reaccionar, pero al fin les permitieron ver lo que realmente les rodeaba. La memoria no podía retener una confusa masa de detalles, la forma

subyacente no podía ser abstraída de unas pocas crudas impresiones. Un árbol es un árbol, en cualquier tiempo y lugar, no interesa cuán intrincadas sean sus ramas o qué rara forma tengan sus capullos y sus hojas. Pero qué es un grueso manojo de metal gris, plantado en la arena, dentro de un laberíntico esqueleto de vigas curvas y rectas entre las cuales sobresalen estructuras aún más enigmáticas que imitan hélices y boceles y cintas de Moebius y otros elementos geométricos menso familiares... Y todo eso con una altura de quince metros, con varios centenares de delgadas placas de metal en la parte superior, las caras negras vueltas hacia el sol...

Cuando se ha llegado al punto de describirlas aun de esta manera torpe, quiere decir que uno la ha aprehendido.

Darkington pudo ver que la estructura básica se repetía, con infinitas variaciones de forma y tamaño, hasta donde alcanzaba la vista. Algunos especímenes eran altos y delgados, otros bajos y anchos, y en su conjunto dominaban la ladera de la montaña.

Las extensiones más escarpadas estaban oscurecidas por colgaduras, pero cuando el viento agitaba las caras reflejantes de las placas, motas de sol horadaban con dardos brillantes las sombras. A lo largo de kilómetros de metal se escuchaba el mismo viento plañidero y rechinante.

No había suelo, sólo una arena de herrumbre rojiza y amarilla. Pero fuera de los círculos devastado por los chorros de propulsión del navío, Darkington encontró la tierra alfombrada con una protuberancia prismática de algunos centímetros de altura, arraigada al parecer en el suelo. Quebró una, para examinarla de cerca, y vio que se componía de diminutos cristales repetidos hasta el infinito, de un material silicoso transparente; parecían copos de nieve y telarañas de cristal. Brillaban intensamente, formando infinitos arco iris, y no pudo examinar el interior. En el centro apenas podía distinguir un oscuro manojo de... ¿cables, espirales, transistores? No, no seas tonto - pensó. Y entregó uno a Frederika, que lanzó una exclamación de asombro ante tanta belleza.

Se adelantó en el camino por un largo trecho, esperando ver algún paisaje vagamente familiar.

En el lugar donde la montaña caía tan bruscamente que sólo podía sostener los cristales (formaban un resplandor diamantino) vio contornos erosionados, la lejana espada blanca de una cascada, rocas solitarias y algunos despeñaderos abruptos como obeliscos gastados. La tierra se ondulaba en la distancia perdida en la azul infinitud, una cordillera de montañas cubiertas de nieve vigilaba el horizonte oriental. Arriba, el cielo oscuro, ligeramente verde-azulado, estaba lleno de nubes. No se atrevía a posar la mirada cerca del gran sol enfurecido.

Kuroki se le acercó.

- ¿Qué piensas, Hugh? - le preguntó.

- No me atrevo a decirlo, ¿y tú?

- Demonios, esta maldita fábrica de hornos no me deja pensar - dijo Kuroki haciendo una mueca hacia el Sol detrás de su placa facial -. Desconecta tu micrófono sónico y hablemos por radio.

Darkington accedió. El ruido sin amplificación le llegaba, a través de su casco, aislado como un tañir lejano.

- Podemos estar seguros - afirmó - de que nada de lo vemos es puramente accidental. Ningún material puede cristalizar de esta manera por sí mismo.

- Sin embargo, no parece fabricado.

- Bueno - objetó Darkington -, no se puede esperar que ellos tengan objetos similares a cosas producidas por una fábrica humana.

- ¿...has dicho ellos?

- Quienquiera que haya hecho esto. Y por el motivo que fuera.

Kuroki dejó escapar un silbido.

- Me temía que terminarías por decir algo así - dijo -, pero nosotros no hemos visto señales de... ciudades, caminos, nada, cuando estábamos en órbita. Sé que la nubosidad tornaba difícil la visión, pero no es posible que hubiésemos pasado por alto las señales de una civilización capaz de producir material a esta escala.

- ¿Por qué no? ¿Y si esa civilización no tuviera nada en común con lo que habríamos podido imaginar?

Frederika se acercó, dejando detrás un cargamento de instrumentos.

- El espectro radial de baja y media frecuencia apenas entra - anunció -. Nunca en mi vida he escuchado tantos rumores, zumbidos, chillidos, aleteos, ululeos y quejidos varios como ahora.

- Mientras estábamos en órbita recogimos algunas interferencias radiales - dijo Kuroki -, pero entonces no les prestamos atención.

- Eran sólo ruidos - dijo Frederika rápidamente -, sin las variaciones características de todo tipo de... comunicaciones. Y me pregunto quién los estará haciendo.

- Son osciladores - dijo Darkington -, radiaciones idéntidas surgidas de... Oh, bueno, diré simplemente... máquinas.

- Pero... - la mano femenina se acercó a la de él y ambas manos enguantadas se asieron firmemente. Ella humedeció los labios y dijo: - No, Hugh, es absurdo. ¿Quién sería capaz de hacer... lo que estamos viendo, sin habernos detectado mientras estábamos en órbita, y hacer... algo con respecto a nosotros?

Darkington se encogió de hombros, pero el gesto se perdió dentro de su traje espacial.

- Tal vez estén esperando el momento oportuno. Quizá no se encuentren aquí en el presente. Tú sabes que todo el planeta podría ser muy bien una fábrica automatizada. Como esas colectoras de minerales oceánicos que había en nuestra época - cuánto dolía decirlo -, y que Sam mencionó mientras veníamos. Es posible que alguien venga por aquí periódicamente a recoger la producción.

- Pero, ¿de dónde vendrán? - preguntó Kuroki con tono áspero.

- No lo sé, te digo. Pero dejemos ya de imaginar cosas raras y empecemos a recoger datos.

El silencio se agrandó entre todos. Las torres-esqueleto bramaron. Por último, Kuroki dijo:

- Sí. ¿Y qué me dices de dar un paseíto? Tal vez encontremos algo.

Nadie mencionó el miedo. No se atrevían.

Al volver al navío hicieron los preparativos necesarios. El Traveler permanecería sobre el horizonte algunas horas más. Aunque con cierta reluctancia, el capitán Thurshaw dio su aprobación a una excursión exploratoria a pie. Todo su entrenamiento profesional estaba en contra de esa idea, pero en condiciones tales como las que se encontraban, ¿qué importancia podían tener las precauciones reglamentarias sobre los reconocimientos de exploración?

El director de la nave espacial (la computadora) podía mantener un haz de radio dirigido hacia el navío para tener comunicaciones entre Tierra y órbita. Kuroki no dejaba de hablar mientras Darkington y Frederika preparaban los abastecimientos. No necesitaban mucho. El material disponible en cada traje llevaba la carga suficiente como para abastecer el termostato y el renovador de aire por un período de cien horas, y los planes no pasaban de tres o cuatro. Cargaron dos accesorios con agua, comida y los ‘cubos’ que se empleaban en las funciones naturales... pero eso era sólo en el caso de que el regreso se demorara. Los diversos instrumentos científicos que llevaban eran más adecuados. Darkington se enfundó una pistola. Cuando Kuroki termino de hablar, colocó el tubo largo de un cohete y una ristra de balas a su espalda. Volvieron a cerrar los cascos y salieron.

- ¿Por dónde? - preguntó Frederika.

- Hacia el sur - dijo Darkington después de estudiar el terreno -, por esa larga cuesta. Como veis, será difícil perderse.

La señal continua de la nave parecía indicar que había poco peligro de perderse. No obstante, todos llevaban una brújula en la muñeca, y mientras caminaban, tomaban nota de los accidentes del terreno.

Pronto el navío se perdió de vista. Caminaban entre varillas, espirales y estructuras de aspecto surrealista, bajo placas sonoras de metal. Los cristales que los rayos del sol quebraban en cálidas escamas de color crujían a su paso. Pero no todos los rayos lograban filtrarse por la maraña que se extendía encima de sus cabezas. Las sombras eran densas e inquietas. Darkington empezó a distinguir distintos tipos de estructura. Había entre ellas varillas negras y largas, aparentemente telescópicas, bordeadas de finas placas; esferas vidriosas adheridas a complicados polos, cables que se entrelazaban a vigas. Con frecuencia veían algún objeto derribado en el suelo. Frederika examinó varios especímenes desintegrados y otros que estaban en buenas condiciones.

- Diría que el material más importante, y el más común, es una aleación de aluminio. Aunque... mirad aquí, estos hilos delgados incrustados en el centro deben ser cobre. Y es probablemente acero magnético con una capa protectora de... algo inerte.

Darkington miró a través de una lente de aumento el extremo de un puntal roto.

- Es poroso - afirmó -. ¿Estos son capilares conductores de agua?

- Creía que un capilar era un insecto velludo con muchas patas que se transformaba en mariposa - dijo Kuroki, y amenazando simuladamente con un puño agregó -: Está bien, está bien; alguien tiene que levantar la moral, ¿no?

La radio de la nave transmitió un rugido del monitor a bordo del navío auxiliar. Frederika contestó pacientemente:

- No Sam; las patas no se transforman en mariposa...

Después recordó que nunca más habría en la Tierra seres alados de hermosos colores, y golpeó su placa facial con la mano como si hubiera estado a punto de restregarse los ojos.

Darkington continuaba absorto en el espécimen que tenía.

- Nunca había oído hablar de una máquina tan finamente construida - afirmó -. Creí que solamente un sistema biológico podía...

- Alto. No os mováis.

La voz de Kuroki carraspeó en los audífonos. Darkington llevó la mano a la culata de la pistola. Aparte de eso sólo movió la cabeza, que se volvió dentro del casco. Después ese momento él también pudo ver de qué se trataba.

Una faz negra detrás de un cilindro rechoncho con las placas ordinarias, la otra de espejo, se agitó entre las sombras. Tenía quizás unos noventa centímetros de largo y quince de o veinte de altura... Por fin estuvo bien a la vista. Darkington distinguió un cuerpo delgado y seis patas cortas de metal opaco articulado. En el extremo frontal giraba un enrejado similar a un transmisor de radar en miniatura. Algo como un par de cuentas brilló debajo del aparato. ¿Lentes? Dos delgados tentáculos sostenían una rodaja metálica cerca de una de las grandes estructuras estacionadas, y la introducían en un orificio haciendo saltar chispas hacia atrás.

- ¡Santo cielo! - susurró Kuroki.

La cosa se detuvo en seco. El enrejado delantero giró hacia los humanos y luego la cosa desapareció a una velocidad increíble; en medio segundo ya no se vio más nada.

Durante un minuto ninguno de los humanos se movió. Por último Frederika asió el brazo de Darkington con un gritito agudo. Él perdió su rigidez y empezó a farfullar algo sobre tortugas-robot experimentales ideadas en la época primitiva de la experimentación cibernética..., artefactos muy simples. Un motor impulsaba una plataforma rodante, dirigida por una unidad fotoeléctrica que se acercaba a las fuentes de luz mediante las cuales se podía recargar las baterías y, cuando esto ocurría, se convertían en negativas fototrópicamente y

buscaban la oscuridad. Un circuito elemental de realimentación. Pero las tortugas habían demostrado una sorprendente tenacidad, pasaron sobre obstáculos o circundaron...

- Esa bestia de allí es mucho más complicada - interrumpió Frederika.

- Por cierto, por cierto - asintió Darkington -, pero...

- Apuesto cualquier cosa a que oyó a Sam hablar por radio, nos localizó por medio del radar, o quizá con los ojos; si esas cosas vítreas y negras son ojos... Y se fue.

- Es posible, si empleamos un lenguaje antropomórfico. Sin embargo...

- Estaba comiendo -, dijo Frederika, acercándose al trozo de metal que el corredor había dejado.

Lo recogió y volvió con él, caminando rígidamente.

- ¿Veis? El extremo ha sido carcomido por un juego de primitivas ruedas de esmeril o algo similar. No es posible comer aleación con dientes como los nuestros. Es preciso molerla o de lo contrario disolverla con algún producto químico.

- ¡Eh! - exclamó Kuroki -. No perdamos del todo la cabeza.

- ¿Qué ha sucedido? - gritó el que estaba a bordo del Traveler.

Volvieron a emprender la marcha, como en un sueño, mientras narraban lo que habían visto.

- Bueno... Esta disposición puede muy bien pertenecer a una especie de fábrica automatizada... Una planta químico-sintética o algo parecida, si la consideramos por sí sola. Pero con bestias como esa que anden sueltas... no.

- Espera un momento - dijo Darkington -. ¿sabes? Pueden ser robots de mantenimiento, para despejar la basura y los escombros.

- Una ciencia tan avanzada para construir lo que vemos no emplearía un sistema de mantenimiento tan desmañado - replicó ella -; deja a un lado tu cautela profesional, Hugh, y admite lo que es evidente.

Ante de que él pudiera contestarle los audífonos transmitieron una jerigonza áspera. Se detuvo y trató de sintonizar correctamente, pero el ruido se apagaba y volvía en estallidos repentinos; el ancho de la banda era demasiado grande. Lo que estaba escuchando parecía una orquesta electrónica que hubiera enloquecido. Su piel se cubrió de gotas de sudor temblorosas como perlas.

- Está bien - dijo Kuroki cuando terminó el sonido -. Decidme qué os parece.

- Puede tratarse de un idioma, me imagino - dijo Frederika con la garganta seca -. No eran oscilaciones simples como el material de las otras frecuencias.

El capitán Thurshaw les habló desde la nave en órbita.

- Será mejor que vuelvan al navío auxiliar y se preparen para un rápido despegue.

- No señor, por favor - rogó Darkington acumulando coraje -. Quiero decir, si hay inteligencias..., si realmente deseamos ponernos en contacto con ellas, este es el momento. Por lo menos hagamos un esfuerzo.

- Bien...

- Primero llevaremos a Freddie de regreso, por supuesto.

- Estáis locos - dijo la chica -. Yo no me muevo de aquí.

Sin saber cómo, de pronto se encontraron avanzando. En un momento, mientras atravesaban un lugar abierto donde sólo había cristales, pudieron espiar algo en el aire. Visto a través de las lentes resultó ser un objeto vagamente similar a un insecto alargado. Era hueco, al parecer, elevado por la corriente de aire que fluía alrededor de las aletas e impulsado por un chorro de gas a poca velocidad.

- Está claro - afirmó Frederika -. Pájaros.

Volvieron a internarse en la zona de las estructuras altas. Conectaron nuevamente al máximo los amplificadores de sonido de sus cascos y el chocar de las placas a causa del viento resultó ensordecedor.

Parece una armadura - pensó tontamente Darkington -. Tal vez pueda encontrar algún poema en esto: una armadura vacía montada sobre un caballo salvaje que galopa haciendo resonar el metal, por las calles de una ciudad extrañamente desierta, símbolo de...

Las pulsaciones radiales que podían ser una forma de comunicación volvieron a taladrar los audífonos.

- No me gusta esto - dijo Thurshaw desde el cielo -. Están manejando demasiadas incógnitas al mismo tiempo. Vuelvan al navío y entonces discutiremos futuros planes.

Siguieron caminando mecánicamente en la dirección que llevaban.

No parecemos tan fuera de lugar en esta fría y rígida selva - pensó Darkington -. Volvamos. Afirmemos nuestra dignidad de seres orgánicos. ¡Después de todo, no estamos montados sobre rieles!

- Les ordeno - insistió Thurshaw.

- Muy bien, señor - dijo Kuroki -. Y gracias...

Al escuchar que alguien corría se detuvieron bruscamente y se volvieron. Frederika gritó.

- ¿Qué sucede? - preguntó Thurshaw -. ¿Qué está sucediendo?

El idioma extraño se mezclaba con su impotente enojo.

Kuroki logró desenfundar el arma y colocársela al hombro.

- ¡Espera! - exclamó Darkington mientras tomaba la pistola. El que llegaba agitó varillas y lazos metálicos hacia un lado produciendo una lluvia de astillas de cristal al abalanzarse. Su peso enorme hizo retumbar el suelo.

El tiempo se detuvo para Darkington; no podía determinar si fueron horas o minutos los transcurridos mientras preparaba el revólver; oía a Frederika llamarle por su nombre mientras Kuroki apuntaba y tiraba. La forma que tenía ante sí parecía una montaña. Dos metros setenta de altura, calculó con una pequeña porción de su vacilante cerebro, casi tres metros de largo tenía ese bípedo monstruoso de cuatro brazos, cabeza coronada por un enrejado radial y con unos ojos que devolvían la luz convirtiéndola en un haz de negrura, un orificio horadador y...

El cohete explotó. El monstruo pareció vacilar y cayó a medias. Tenía un brazo destrozado.

- ¡Ah! - exclamó Kuroki deslizando un nuevo proyectil en su arma -. ¡No se mueva!

Frederika, que se había abrazado frenéticamente a Darkington, tuvo tiempo de exclamar:

- ¡Sam, quizá no tenía intención de hacernos daño!

- Quizá, pero es demasiado grande para correr riesgos - replicó Kuroki.

En ese momento se desató el caos.

El arma de Kuroki, impulsada por una barra de hierro que nadie había visto, saltó describiendo una elipse. El gigante estaba junto a ellos. Un fuerte golpe en la espalda de Kuroki hizo añicos la radio y lo lanzó al suelo al mismo tiempo. Surgió una llama y la voz de Frederika se cortó bruscamente en el receptor de Darkington.

El trató de dar un golpe mientras su pistola escupía inútilmente.

- ¡Corre, Freddie! - aulló junto al micrófono-. Yo trataré de...

La máquina lo levantó y le hizo caer la pistola del puño. Un momento después ya no se oían las maldiciones horrorizadas de Thurshaw y las antenas de la radio que llevaba Darkington habían sido arrancadas de raíz. Frederika intentó huir, pero alguien la asió sin ningún esfuerzo. Kuroki, nuevamente de pie, se detuvo donde estaba mientras golpeaba inútilmente con los puños. Tampoco costó mucho someterlo. Atados como cerdos, los tres humanos apretujados en la percha del gigante fueron transportados hacia el sur.

IV

Al principio Cero salió casi corriendo. El monstruo debía saber dónde estaban sus auxiliares y también qué le habría ocurrido a cada uno de ellos. Ahora que se había roto el contacto podía enviar a otros, mejor armados, para buscarlos. También era posible que viniera él mismo, rugiendo y quemando la selva a su paso. Cero huyó.

Lo persiguió la voz del monstruo, que llamaba ásperamente a sus miembros perdidos. Después de recorrer así algunos kilómetros se agazapó junto a las matas del camino y afinó sus receptores al máximo. Un espeso crecimiento de acumuladores y cielo descubierto eran lo único visible. El monstruo había dejado e gritar. Si bien aún continuaba emitiendo algunas señales moduladas, la distancia las había ido amortiguando, hasta que el suave ruido de fondo de la radio las anuló casi por completo. Las unidades que Cero había capturado estaban produciendo notables radiaciones de ondas sonoras. Si esto no era debido simplemente al resultado del mal funcionamiento de sus dañados mecanismos, sería producido por cierto sistema auxiliar que habrían conectado empleando algún control interno. Los receptores de sonido de que disponía Cero no tenían la sensibilidad suficiente para indicarle si la emisión era modulada. Tampoco le importaba. Era bien sabido que ciertas formas inferiores de movibles tenían partes sónicas bien desarrolladas. Pero algo de alcance tan limitado no le servía para nada salvo como advertencia de la proximidad de ciertos peligros. Para mantenerse, una persona necesitaba varios kilómetros cuadrados. ¿Cómo podía haber una comunidad de personas sin la fácil posibilidad de hablar a través de distancias entre horizontes?

Aunque en ese momento parecía algo irrelevante, Cero se dio cuenta por primera vez en su siglo y medio de existencia de las pocas personas que había tenido oportunidad de observar directamente con sus propios ópticos. Cuán pocas personas había tocado. De vez en cuando, con un propósito u otro, podían reunirse algunos. Por ejemplo en la ocasión en que el pariente varón de la novia la acompañaba hasta la morada del novio. Algunos individuos e encontraban para intercambiar los productos de su trabajo, pero esta reunión de todos los hombres aptos que se realizaría en Broken Glade con el fin de dar caza al monstruo sería la reunión más grande que recordaba la tradición... Sin embargo, ni siquiera Cien había sido capaz de captar su singularidad.

Porque las personas siempre mantenían comunicaciones. No sólo se discutían cuestiones prácticas. En realidad, y ahora que Cero pensaba a fondo en la cuestión, los problemas prácticos eran la mínima parte de lo que se hablaba. La mayor parte estaba dedicada al rito, a la conversación amistosa o al arte. Por ejemplo, Cero había encontrado muy pocas veces a Siete como entidad física, pero habían llegado a intimar a lo largo de décadas en las que se criticaron mutuamente sus respectivas poesías. Las obras de Noventa y Seis en tono abstracto, las narraciones de Ochenta, las especulaciones sobre el tiempo y el espacio de Cincuenta y Nueve, eran cosas que pertenecían a todos.

Cuando se empleaba la capacidad total del cuerpo para modular la banda de comunicación, el enlace sensorial directo reducía al mínimo la necesidad de contacto físico. Cero nunca había estado a orillas del mar, pero había compartido la conciencia de ello con Catorce, que vivía allí. Había llegado a percibir el lento movimiento interior de las olas, el susurro acompasado, la sal en el aire. Además, había experimentado el engrase de su piel para protegerla de la corrosión, sumergido un acuamovible desde una red, y participado en un festín. Durante esas horas él y el rastrillador marino habían sido uno. Después había mostrado a Catorce las selvas del interior.

¿Qué estoy esperando?

Cero tuvo repentinamente conciencia del aquí y ahora. El monstruo había cesado en su persecución. Las unidades que llevaba a la espalda habían enmudecido, pero aún se

encontraba muy lejos de su destino. Se levantó para ponerse nuevamente en marcha, teniendo mucho cuidado en borrar sus huellas.

Con el paso de las horas sus sensores internos empezaron a hacerle sentir sin lugar a dudas que necesitaba un reaprovisionamiento. A eso del mediodía se detuvo y descargó a sus tres presas. Se agitaron débilmente y una de ellas logró desatar un brazo. En lugar de volver a maniatarlos bien les dejó las extremidades sueltas para luego asegurarlas mediante varios lazos de cuerda alrededor de la parte media de los cuerpos y un tronco alto, procediendo luego a soldar todo rápidamente con la antorcha. Ese desgaste de energía lo dejó hambriento. Describiendo una espiral entrecortada recorrió la selva hasta encontrar algunos acumuladores de la especie calatiforme. Mediante un tajo profundo de la palanca dentada dejó al descubierto sus interiores esponjosos, ricos en células de energía almacenada y sales minerales. Por supuesto que al comerlas sin ningún procesamiento no resultaban demasiado gustosas, pero estaba demasiado vacío para reparar en eso. Una vez satisfecha la necesidad más imperiosa podría dedicarse a buscar con más cuidado. Y fue así como encontró rastros de una madriguera cavada en la arena y descubrió una hembra cavadora. Cargada con un nuevo espécimen a medio construir, fue fácil de atrapar. También esto habría sabido mejor, tratado con un poco de calor y ácido, pero hasta los materiales crudos tenían buen sabor en su moledora.

Ahora debía conseguir algo para Uno. Si bien ella estaba en mejores condiciones que él para aminorar sus funciones cuando el alimento escaseara, un estado de coma podía ser muy peligroso mientras merodeaba el monstruo. Después de haber cazado durante otra hora, Cero tuvo la buena suerte de asustar a un rotor. Antes de que pudiera huir chocó con algunas varillas y cristales y el cazador pudo entonces atravesarle el centro con un perno. Ya descuartizado y metido en su acarreador, constituyó una de las cargas más alegres que últimamente hubiera llevado.

Volvió la atención a las piezas de su botín. Se movió suavemente, protegido por el suave clamor de la selva, y pudo acercarse a ellos sin ser visto. Ya habían renunciado a sus intentos de fuga; pudo ver que el alambre brillaba en la parte donde habían tratado de serrucharlo contra una roca filosa, y en ese momento estaban dedicados a otras tareas. Uno de ellos se había quitado de la espalda un objeto parecido a una caja y había logrado introducir su cabeza (?) y brazos a través de unos agujeros reforzados. Otro estaba sacando una caja similar de la parte media de su cuerpo, mientras que el último había conectado un tubo flexible entre una botella y su cara.

Cero se acercó.

- Permítanme que examine esas cosas - dijo.

No tardó en darse cuenta de lo absurdo que había sido dirigirles la palabra. Se alejaron atemorizados de él. Entonces tomó al de la botella y desconectó el tubo. Salió un poco de líquido. Cero extendió su sensor químico y probó cautelosamente. Agua. Muy pura. No recordaba haber probado agua tan desprovista de minerales disueltos.

Tras pensarlo bien dejó en libertad a la unidad. El tubo dejó de perder líquido. De manera que necesitan agua como yo, pensó Cero, y tiene que llevarla consigo... Eso es bastante comprensible, pues ellos, o mejor dicho el monstruo a quien sirven, no podía saber dónde estaban las fuentes y manantiales de la zona. Pero, ¿por qué la sorben por un tubo? ¿Carecen acaso del orificio adecuado para la ingestión de líquidos? Evidentemente, el pequeño agujero de la cabeza donde antes entraba el tubo se había cerrado automáticamente al retirar el extremo del mismo.

Los otros dos ya se habían quitado las cajas. Cero se puso a inspeccionarlas y registrar su contenido: fragmentos de material pulposo, algo similar al sedimento corporal corriente. ¿Elementos nutritivos, o excrementos? ¿Por qué tenían un mecanismo tan complicado? Era

como si el interior tuviera que estar completamente protegido de todo contacto con el ambiente...

Les devolvió las cajas y miró más atentamente a sus dueños. No eran tan torpes como le había parecido en un primer momento. Las jorobas que tenían eran acarreadores independientes como el suyo. Pensó que algunos de los objetos que tenían atados a las muñecas o a los brazos debían de ser también herramientas. (No podía tratarse de armas o dispositivos para huir, pues ya los habrían empleado. Por lo tanto, serían aditamentos artificiales específicos, como la antorcha o el trinquete). La forma básica bípeda era más simple que la suya, casi sin rasgos característicos salvo por las articulaciones de las extremidades. La cabeza era un poco más complicada, aunque más simple que la de una persona. Una construcción cilíndrica servía de base a diversas partes, incluso los emisores de ondas sonoras que no dejaban de farfullar mientras él observaba. La cara era una placa vidriosa tras la cuál se movía... ¿qué? Una especie de mecanismo articulado, parcialmente flexible.

Ya no quedaba ninguna posibilidad de comunicación por radio con ellos, ni a través de ellos. Cero hizo algunos intentos experimentales, pero las unidades no hicieron más que emitir débiles quejidos. Dos de ellas se abrazaron. La tercera sacudió los brazos y lanzó algunos gruñidos sónicos. De pronto se puso en cuclillas y dibujó algunas formas geométricas en la arena, muy similares a los diseños de galanteo que suele hacer el macho corredor de dunas.

De manera que... no sólo gozaban de autonomía mecánica, como los ojos-espía de un cubo rodante, sino que tienen también libertad de conducta. Por lo tanto, no son simples miembros de control remoto y sensores del monstruo. Probablemente se trata de movibles domesticados...

Si tal era el caso, la raza del monstruo había modificado su tipo aún más drásticamente de lo que la raza-persona lo hiciera con sus movibles más allá de las tierras bajas. Esos bípedos eran ridículamente débiles en comparación con su tamaño; carecían de moledores y orificios para ingerir líquidos, su empleo de la onda sónica indicaba que sus habilidades radiales eran muy primitivas, que necesitaban un aparato complementario; en resumen, no podían funcionar por sí solos. Unicamente al amparo y cuidado de sus amos podían permanecer cierto tiempo en funcionamiento.

¿Pero qué son los amos? Aún el monstruo puede ser sólo otro movible. Parecía carecer de miembros, por cierto. Los amos deben ser personas como nosotros, que han llegado de allende el mar o las montañas con muchas habilidades nuevas. Pero entonces, ¿qué quieren? ¿Por qué no han tratado de comunicarse con nosotros? ¿Han venido para quitarnos nuestras tierras?

Las preguntas eran perturbadoras. Cero no tardó en entrar en acción. Con la percha cargada, no tenía lugar para los prisioneros. Además, era indudable que sería perjudicial para ellos estar varias horas apretados; ahora, después de un breve descanso, se movía mucho más fácilmente que cuando los sacara. Se limitó a dejarlos atadas juntos, pero cortó el alambre que los unía al tronco aunque guardando el extremo en su mano. Como mantenía la precaución de no dejar rastros, se movía lentamente para que pudieran seguirle. De tanto en tanto vacilaban y se apoyaban uno en otro para reponerse - al parecer, sus células energéticas se polarizaban más deprisa que las de Cero - pero descubrió que eran capaces de continuar si los dejaba descansar de vez en cuando, recostarse y usar sus extraños artefactos.

Pasó el día. A esa altura del año, poco después del equinoccio vernal, el sol salía durante unas veinte horas. Al anochecer, los prisioneros de Cero empezaron a tropezar y tantear el camino. Mediante percepción sensorial directa pudo confirmar que no tenían radar. Si alguna vez lo habían tenido, posiblemente había quedado destrozado con el resto de sus

comunicadores. Después de meditarlo un poco, ideó un burdo asiento usando un tronco derribado y les hizo señas para que se sentaran en él. De ese modo los transportó con dos manos. No intentaron huir, apenas emitían algunos sonidos; era evidente que estaban agotados. Pero cuando al fin llegó a destino y los dejó en el suelo, lo sorprendieron al empezar a moverse y emitir sónicos. Entonces soldó el extremo del cable a un bloque de hierro que tenía para emergencias.

Se le ocurrió que el mecanismo de los otros debía ser muy extraño, tanto que tal vez no resultaran ingeribles. Era obvio que sus células llegaban a tales extremos de polarización que los dejaban en estado comatoso, lo cual ocurría a una persona sólo en ciertas emergencias. Pero para ellos esa desactivación les parecía normal y se reponían espontáneamente.

Trató de dejar de especular. Mientras estuvo trabajando, la voz ansiosa de Uno no había dejado de llegarle.

- ¿Qué ha sucedido? ¡Debes estar herido! Acércate y déjame ver. ¡Oh, pobre brazo! ¡Querido!

- No es nada serio - dijo él, tratando de tranquilizarla -. Se me averió un rotor. Será mejor que prepares la comida en vez de preocuparte por mí.

Se dejó deslizar por el suelo de la cueva hasta quedar junto al hermoso bulto. Los globos luminoso, cultivados en las paredes de piedra desnuda, emitían reflejos sobre la piel de ella y sobre los gráciles zarcillos instrumentales que se curvaban para abrazarla. A través de su sensor químico le llegó un deje de solventes y lubricantes y una esencia de femineidad. La boca de la cueva estaba tapizada de negro excepto por una estrella que resplandecía un tanto siniestramente sobre las colinas. De la selva llegaban gruñidos y suaves tintineos. Pero al fin tenía luz y el tacto de ella contra su cuerpo. Había llegado a casa.

Ella descargó la percha de los hombros de su compañero pero no hizo ningún además de acercarse al caldero donde se procesaba la comida. Concentró toda su atención y buena parte de sus herramientas en el brazo herido.

- Tenemos que reemplazar toda la sección baja del brazo con recambios - declaró ella; luego, como una modulación -: Cero, mi adorado y valiente tonto, ¿por qué te arriesgaste de esa manera? ¿No comprendes que sin ti mi mundo sería todo herrumbre?

- Siento mucho tener que tomar... tanto del nuevo - dijo él.

- No importa. Dame algunos hermosos rotores grandes como éste y pronto remediaré la pérdida y también terminaré con el resto.

Su regocijo se convirtió en timidez al proseguir:

- Yo también deseo que el nuevo quede pronto activado, así podemos empezar otro.

Cero tuvo un vívido momento de un momento del año pasado, cuando la esencia de su cuerpo fluyó en corrientes y campos magnéticos a través del de ella, cuando ambas esencias se heterodinizaron y en la profundidad tuvo lugar la primera cristalización. Comparado con eso el enlace sensorial era un cosa sosa.

Lo que ahora hacían juntos tenía una dulce intimidad. Después que ella le quitó el antebrazo estropeado y él introdujo el muñón en el orificio de reparación de su compañera, miles de delicados zarcillos interiores se estiraron para controlar, asegurar, reparar el daño hecho. Una vez más, y de una forma más sutil que para la reproducción, los sistemas químico y electromecánico de Uno y Cero se habían unificado. El proceso, como toda función femenina, no era susceptible de controlar conscientemente. En ese momento, Uno no se diferenciaba en nada del movible más primitivo unido a su pareja herida en una madriguera oscura.

Pero llevaba tiempo. La nueva persona que el cuerpo de ella estaba creando dentro de sí había llegado al tamaño final y por lo tanto, no estaba lejos de su terminación. (Si así no hubiera sido, Cero habría tenido que esperar hasta que el nuevo poseyera un brazo bien desarrollado). Pero todavía no estaba activado; sus procesos más delicados y críticos estaban

aún a medio terminar y gradualmente cristalizaban fuera de solución. Ninguna parte podía desprenderse sin mucho trabajo y gran peligro.

Pero al fin, la función de Uno cumplió con su tarea. Con mucha lentitud y bastante aprehensión, Cero retiró su nueva mano. Las mentes de los dos permanecieron entrelazadas por un momento. Hasta que, con un tono tembloroso pero haciendo evidente cierto sentido del humor, ella exclamó:

- Y bien, ¿puedes hacer culebrear todos los dedos? ¿Todo bien? Pues entonces vamos a comer, estoy famélica.

Cero le ayudó a prepara el rotor para su consumo. Arrojaron también en el caldero el brazo herido. Mientras procesaban la comida que después compartieron, él le contó sus experiencias. Ella no había demostrado ninguna curiosidad con respecto a los tres bípedo. Como la mayoría de las hembras, carecía de gran interés por lo que sucedía en el mundo fuera de las paredes de su hogar, y había pensado superficialmente que se trataría de una nueva especie de movible salvaje. A media que él hablaba, ella parecía ir perdiendo su alegría.

- ¡Oh, no! - exclamó -. No me digas que irás a luchar contra el que respira rayos, ¿verdad?

- Sí, debemos hacerlo - afirmó él.

Sabía cuál era la visión que la aterrorizaba: que lo destruyeran hasta lo irreparable, más allá de toda esperanza de recuperación. Y para tranquilizarla, agregó de inmediato:

- Si lo dejamos en libertad, no hay tradición ni instinto que nos asegure lo que sería capaz de hacer. Pero al menos, y es lo más probable, una cosa de ese tamaño causará serios daños. Aún si se tratara solamente de un desherbador, su apetito devorador arrasaría con hectáreas enteras de acumuladores, y muy bien puede ser de rapiña... Por otra parte, si lo destruimos, ¡qué preciosa fuente de recursos alimenticios! Tu ración y la mía nos permitirían producir al menos una docena de personas nuevas. Con la energía que me proporcione, podría recorrer grandes distancias para recoger así más alimento y mercancías para ambos.

- Si es que fuera asimilable - dijo ella dubitativamente -. Podría estar lleno de ácido fluorhídrico o algo parecido, como un no-me-toques.

- Sí, sí; por la misma razón el volador puede ser propiedad de seres inteligentes, lo cual no quiere decir que no sean capaces de destruirlo y consumirlo. Tengo intención de averiguar eso sin tardanza. Si los auxiliares del monstruo son ingeribles, el monstruo mismo debe serlo también.

- Pero si no... ¡Cero, ten cuidado!

- Por supuesto. Lo haré por tu bien, además.

Al acariciarla, Cero sintió la respuesta de las vibraciones de ella. Habría sido muy agradable continuar así toda la noche, pero pronto tenía que asistir a la cita. Y antes de eso debía cortar en pedazos por lo menos un espécimen. Tomó la palanca dentada.

V

Cuando lo arrojaron en el suelo de la cueva, Darkington despertó de un semisueño poblado de pesadillas. Extendió su brazo hasta donde estaba Frederika y ella se le acercó. Durante un rato no se escuchó nada más que el murmullo de ambos.

Poco después se acuclillaron en la arena y miraron a su alrededor. El gigante que los había capturado soldó el extremo de la cuerda de alambre a una mole inmóvil de hierro. Darkington quedó fijado a un lado, y luego la muchacha y Kuroki en el otro extremo. Entre cada uno de ellos había más o menos un metro veinte de distancia. En el equipo que les quedaba no había nada con que cortar las ataduras.

- Una cueva de piedra caliza, diría yo - gruñó Kuroki.

Tras la placa facial su rostro aparecía demacrado, con la barba crecida y los ojos hundidos. El aspecto de Frederika no era mucho mejor. Si el robot no los hubiera transportado ese último trecho del camino, seguramente no habrían sobrevivido al final del viaje. Sin embargo, el cerebro de Darkington poseía una sorprendente lucidez. Podía observar y pensar tan bien como si estuviera a salvo a bordo de la nave. No había parte de su cuerpo que no le doliera, pero trató de abstraerse de eso. Se concentró en los últimos sucesos y en tratar de comprenderlos.

Cerca de la entrada, donde se encontraban, la cueva tenía unos seis metros de altura y algo más de ancho. Después de extenderse unos treinta metros se estrechaba hasta terminar. Esa parte se usaba como almacén: un taller de chatarra con recambios mecánicos y electrónicos, junto a toscas herramientas de piedra y metal que parecían de fabricación casera. De las paredes sobresalían delgados alambres que sostenían una infinidad de globos cristalinos que daban una fría luz blanca en la que la oscuridad exterior parecía aún más elemental.

- Sí, es una cueva sobre la cuesta desnuda de la montaña - dijo Frederika -. Eso pude apreciar. Durante todo el trayecto hasta aquí traté de mantenerme más o menos consciente para tomar nota del camino. Aunque no creo que eso nos sirva de mucho, ¿eh? - y abrazándose las rodillas agregó -: Tengo que dormir pronto... ¡Oh, sí! Tengo que dormir...

- Tenemos que establecer contacto - se oyó en la voz de Kuroki. (Gracias a Dios y a algún ingeniero muerto largo tiempo ha, micrófonos de sonido y audífonos pueden conectarse presionando con el mentón el botón correspondiente. Si no nos quedara la posibilidad de hablar, que otro recurso nos quedaría que no fuera dejarnos envolver en la locura...) -. Traté de demostrar a esa pesadilla de hojalata que somos inteligentes. Dibujé diagramas... Y bien - procuró serenarse -, quizás sus constructores no lo controlen. Bueno, haré un nuevo intento cuando aparezca por aquí.

- Admitamos los hechos, Sam - dijo Frederika sin expresión en la voz -. No hay ningún constructor ni nunca lo hubo.

- ¡Oh, no! - exclamó el piloto dirigiendo una mirada de súplica a Darkington -. Hugh, tú eres biólogo, ¿lo crees?

- Me temo que tiene razón - contestó Darkington mordiéndose los labios.

- ¿Sabéis qué es esa enorme máquina de allá en medio de la cueva? - preguntó Frederika -. Esa con la que el robot ahora juega... ¡Es su mujer! - dejó la frase por concluir. El eco horrible de su risa retumbó en los cascos.

Darkington aventuró una mirada en la dirección que había indicado Frederika. El segundo objeto tenía muy poco en común con la forma bípeda, ya que era ancha y baja - el doble del que conocían - e iba montada sobre ocho patas cortas que con toda seguridad, no le darían demasiada velocidad ni agilidad. La reja de radio, las lentes ópticas y los brazos - dos en lugar de cuatro - eran de características similares a las del bípedo. Pero tenían además numerosos miembros adicionales semejantes a largos cuellos de ganso terminados en apéndices específicos. Un metal brillante cubría la mayor parte del cuerpo.

Sin embargo, la forma en que los dos se movían...

- Creo que también tienes razón en cuanto a eso - admitió finalmente Darkington.

Kuroki golpeaba el suelo con los puños mientras maldecía.

- Lo siento, Freddie - dijo tragando saliva -. Pero, ¿quieres explicarme a qué te refieres? Este lío no sería tan espantoso si tuviera alguna explicación.

- Nos queda únicamente usar nuestra imaginación - dijo Darkington.

- Pues imagina, entonces...

- Es la evolución del robot - dijo Frederika -. Después que se fue el hombre, las máquinas que quedaron empezaron a evolucionar.

- No - dijo Kuroki -. Es cosa de locos. ¡Imposible!

- Creo que, de otra manera, lo que hemos visto sería imposible - dijo Darkington -. La vida metálica no puede surgir espontáneamente. Sólo los átomos de carbono producen los largos eslabones que se necesitan para el almacenamiento químico de la conformación biológica. Pero el almacenamiento electrónico es también posible. Y... antes de que el Traveler partiera, ya existían máquinas autorreproductoras.

- Si la memoria no me falla, las balsas marinas fueron las más importantes - Frederika habló como una sonámbula, sus ojos abiertos y sin pestañear, fijos en los dos robots -. ¿Recordáis? Básicamente eran cajas flotantes motorizadas que contenían plantas metalúrgicas procesadoras y baterías de energía solar. Podían tomar los minerales disueltos en el agua del mar, ya fuera magnesio o uranio, de acuerdo con la especialidad de cada balsa. Cuando completaba la carga, iba hacia un punto de la playa donde había un depósito para recibirla. Una vez descargada, volvía al mar abierto para recoger más. Tenía un artefacto de navegación inerte*, así como sensores electrónicos y varios sistemas automáticos para poder afrontar las diversas vicisitudes del ambiente.

"Y tenía plantas electrónicas con detalles completos en cuanto a diseño, que controlaban los mecanismos de a bordo para fabricar cualquier pieza que necesitara. Esos mismos mecanismos continuaban fabricando y montando duplicados de balsas... El primero de esos equipos costó cientos de millones de dólares, sin tener en cuenta la investigación preliminar y el desarrollo de la idea. Pero una vez fabricada, no se precisó de ninguna investigación adicional. La producción y la expansión no costaron un sólo centavo.

"Después el hombre se fue de la Tierra... Toda vida desapareció, las balsas marinas continuaron siempre en el mismo lugar, llevando pacientemente sus cargas hasta los depósitos en las playas desiertas, año tras año, aparentemente sin sentido...

Tuvo un estremecimiento. El movimiento fue bastante brusco para notarse a pesar del traje espacial.

- Continúa tú, Hugh, por favor - dijo ella con tono severo -. Si es que puedes...

- No conozco bien los detalles - comenzó él con cautela -. Tal vez tú puedas decirme cómo habrá sido posible la mutación de una máquina. Pero si las plantas eran en realidad registros magnéticos en alambre o cinta, pienso que radiaciones rigurosas las habrían afectado como afectan a los genes orgánicos. Y con toda seguridad durante mucho tiempo hubo abundante radiación en el ambiente. Entonces las balsas empezaron a hacer duplicados imperfectos, tanto como para que muchos hubieran naufragado. Pero otros tenían ciertas ventajas; por ejemplo, dejaron de ir hasta la playa y esperar allí décadas enteras a que las descargaran. Y a su debido tiempo se habrá hecho alguna balsa que tuvo la habilidad primigenia de obtener metal de una fuente más rica que el océano, o sea, otras balsas. Se desarrolló una nueva ecología a lo largo de millones de años. Se volvió a conquistar la Tierra. Proliferaron nuevos tipos de maquinaria, hasta llegar a hoy, en que... Bueno, ya hemos estado viéndolo.

- Pero, ¿de dónde proviene la energía? - preguntó Kuroki.

- Del Sol, imagino. A estas alturas la batería original del Sol ha de estar muy perfeccionada. Me aventuraría a decir que un almacenamiento dieléctrico a nivel molecular, en unidades especializadas... llamémosles células, que quizá sean de tamaño microscópico. Naturalmente que la productividad por hectáreas debe ser mucho menor que la de nuestros días. Las aleaciones no son tan inestables como los aminoácidos. Pero eso está compensado en gran medida por su mayor resistencia. Y, como podéis observar en esta cueva, por intercambiabilidad.

- ¿Eh?

- Claro. Mirad esos repuestos almacenados atrás. Algunos, sin duda, serán procesados en forma análoga a nuestro comer y digerir los alimentos. Pero es probable que otros sean usados como están. Supongamos que tomamos los órganos de animales que hemos matado y los instalamos en nuestros cuerpos para reemplazar los que se hubiesen gastado. Puedo pensar que eso es bastante común en la Tierra de hoy. El principio de la 'caja negra' fue diseñado en la mayoría de las máquinas de nuestro siglo. Lo habrían heredado.

- Pero en el comienzo, ¿de dónde viene el metal?

- De máquinas de tipo inferior. En última instancia, de máquinas del tipo que descompone minerales, fabrican las aleaciones básicas y concentran más energía dieléctrica de la que necesitan. Es un proceso similar al vegetal. Me atrevo a decir que el metabolismo implica poderosos reagentes*, el último de los cuales debe ser ácido sulfúrico y nítrico en compartimentos revestidos de vidrio. Dudo que hay equivalentes de microbios, pero al parecer la ecología se lo pasa muy bien sin ellos. Es una forma de existencia más burda que la nuestra. Pero funciona. Funciona.

- Hasta poseen vida sexual - dijo Frederika sonriendo un tanto alocadamente.

Darkington apretó su mano enguantada hasta tranquilizarla.

- Bien - dijo -, es probable que en las formas más complejas de máquinas la reproducción sea la especialización de una de ellas, mientras la otra se especializa en fuerza y agilidad. Me figuro que tendrán las diferencias psíquicas correspondientes...

- ¿...psíquicas? - remedó Kuroki -. ¡Esperad un momento! Sé bien que hubo... que hay muchos rumores infundados en cuanto a que las computadoras eran cerebros electrónicos y alguna otra basura como esa, pero...

- Llama al fenómeno como quieras - dijo Darkington encogiéndose de hombros -. Pero ese robot emplea utensilios que son hechos. El problema es como convencerlo de que nosotros pensamos.

- ¿Acaso no puede verlo? - exclamó Frederika -. Nosotros también usamos herramientas. Sam hizo algunos dibujos matemáticos. ¿Qué más quiere?

- No sé lo suficiente de este mundo para aventurar una opinión - dijo Darkington fatigado -, pero me imagino que... bueno, alguna vez hemos visto un mono entrenado que hace toda suerte de cosas complicadas y nunca pensamos en que se trata de algo más que un mono. A pesar de lo extraño que pudiera parecer.

- O tal vez al robot le importa un bledo - dijo Kuroki -. También había gente que habría reaccionado así.

- Si la suposición de Hugh respecto a la caja negra es correcta - dijo Frederika lentamente -, entonces la raza robot tiene que haber evolucionado como cazadora, en lugar de que la caza hubiese sido inventada cuando su evolución había avanzado ya. Es como si los hombres descendieran del tigre y no de los simios. ¿Cuáles serían entonces las diferencias psíquicas?

Nadie contestó. Frederika se recostó exhausta contra Darkington. Kuroki apartó los ojos de ambos quizá más por un sentimiento de lejanía que por tacto. Su novia se encontraba a miles de kilómetros y no tenía manera de llamarla y despedirse de ella.

Thurshaw había prevenido a los insistentes voluntarios de la expedición que no habría rescate. Ya tenía suficiente sentimiento de culpa por haber permitido que tres personas - el tres por ciento de la raza humana -, se arriesgaran. Si algo adverso ocurría, el Traveler demoraría su partida en la confianza de que la nave pudiera retornar de alguna manera. Pero al final el Traveler partiría igualmente hacia las estrellas. La novia de Kuroki entonces tendría que encontrar otro hombre para que fuera padre del niño al que llamaría Sam.

Cuánto deseo que Freddie estuviera allá con ella - pensó Darkington -. Pero..., ¿de verdad lo deseo? ¿O es simplemente lo que se espera de mí? Acaba ya. Hay que empezar a hacer planes.

Su cerebro giraba como un par de ruedas en el fango del invierno. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya no tenía pistola... ni Kuroki los cohetes..., nada les quedaba ya excepto algunas herramientas e instrumentos. Al fondo de la cueva es posible que hubiera algunas armas con las que un hombre podría defenderse (aunque sólo por un momento contra el hierro y el rayo; pero al fin terminaría con el horror de esta situación, de estar aquí sentado, oliendo el propio miendo y esperando que el monstruo se acercara o que se agotasen las baterías del renovador de aire y se asfixiara). Pero la realidad del lazo soldado en torno a su cintura, atado a una tonelada de hierro, ponía fin a esos sueños. De alguna manera tenían que encontrar el modo de comunicarse, rogar, amenazar, prometer, engatusar. Pero al monstruo no le había importado el teorema de Pitágoras dibujado en la arena. ¿Qué nos queda, entonces? ¿Cómo decirle: "Estoy vivo" a algo que no lo está?

Aunque pensándolo bien, ¿qué era estar vivo? ¿Eran las proteínas indefectiblemente y en forma inherente parte de toda criatura viviente? Si las viejas balsas marinas no fueron más que complicadas maquinarias, ¿en qué punto de una complicación ulterior sus descendientes lograron la vida?

Déjalo, tú eres biólogo y sabes perfectamente que una pregunta así está empíricamente vacía; de todas maneras no tiene nada que ver con conservar la continuidad de cierta química proteica que es irracionalmente más amada.

- Creo que habla por radio - la voz de Kuroki sonó extraña a través de las pulsaciones en la cabeza de Darkington -. Probablemente no tiene noción de que las ondas sonoras pueden transportar la voz. Quizá sea sordo. De qué le servirían los oídos a esa jungla de chatarra... Y pensar que nuestras radios están averiadas - empezó a buscar en el paquete de la muchacha -. Freddie, creo que podría armar un aparato que funcione combinando las piezas de los tres, si consigo algunas pequeñas herramientas e instrumentos. Una vez logrado, haríamos ruidos esquemáticos en su frecuencia de sonido, y entonces puede ser que el robot trate de comprendernos...

Empezó a organizar su trabajo. Darkington, imposibilitado para ayudar y avergonzado por no haber aportado ninguna idea, volvió su atención a los robots. Lo ignoraban completamente, apareados ocmo estaban.

Frederika dormitaba. ¡Qué lentamente transcurría la noche! Pero la Tierra era vieja y rodaba tan fatigada como... Como él. Se durmió.

Un jadeo lo despertó.

El monstruo estaba de pie frente a ellos. Alto, tan alto que parecía alcanzar el cielo y caerles encima. Los devolvió a la conciencia y miró con ojos inexpresivos el trabajo recién comenzado por Kuroki. Una mano eran aún una antorcha y la otra había sido cambiada; era tan invulnerable y desalmado como un dios. El yo semidespierto de Darkington se arrastraba ante él. Y entonces la antorcha escupió, cortó el alambre en torno a Kuroki y lo dejó libre.

- ¡Sam! - gritó Frederika.

- ¡Eh, amigo...! No seas tan impaciente - el piloto se sofocaba en los brazos del robot -. Estoy contento de gustarte pero... ¡Ay! ¡Cuidado...!

Con una mano libre el robot torció experimentalmente la pierna izquierda de Kuroki. Las junturas del traje giraron y Kuroki chilló. Darkington creyó haber oído que los huesos de la pierna habían salido de sus articulaciones.

- ¡No! ¡Máquina inmunda! - dijo abalanzándose, pero el alambre lo retenía. Frederika se cubrió la placa facial y rogó que Kuroki hubiera muerto.

Pero todavía vivía. Ya no estaba consciente siquiera. Siguió gritando mientras el robot empleaba una herramienta para quitar la pierna de la armadura. De entre las capas del material fluyó un líquido obturador compuesto que mantuvo el aire en el resto del traje.

El robot lo dejó caer y se inclinó hacia atrás, abanicándose. Habrá sido un soplo de oxígeno, pensó Darkington en medio de la negra y roja desintegración de su cordura. El oxígeno era casi tan reactivo como el flúor y en la Tierra no había habido oxígeno libre desde... La agonía de Kuroki se estremeció hasta el silencio.

El robot volvió a aproximarse con cuidado y poniéndose en cuclillas encima del piloto perforó un poco de carne hasta dejar músculos y vasos sanguíneos expuestos. Sacó un trozo para examinarla y la arrojó desdeñosamente a un lado. El metal de la juntura, en cambio, pareció que le gustaba.

Darkington tuvo vaga conciencia de que Frederika estaba tendida en el suelo junto a Kuroki y lloraba. El biólogo se hallaba aún más cerca. Podía tocar al robot y también al cadáver, pero en cambio se encogió murmurando y quejándose.

Estaba claro que el robot había aprendido una lección del gas, pero de todas maneras estaba decidido a continuar la investigación. Se irguió, retrocedió cautelosamente y desde cierta distancia arrojó una fina llama azul intenso, por su mano-antorcha. El cadáver de Kuroki quedó dividido en dos secciones.

El universo de Darkington rugió explosivamente. Volvió a lanzarse hacia adelante. La cuerda que lo sujetaba a Frederika pasó por el haz de la llama. Las fibras se esparcieron como humo.

El robot le dio un zarpazo, recibió la pérdida de oxígeno del traje de Kuroki y se echó hacia atrás. Darkington tomó el trozo de cable que lo mantenía atado al trozo de hierro. La antorcha lo deslumbraba. Si la llama lo tocaba, su fin habría llegado. Pero no había ocasión de pensar en esos detalles. En un impulso ciego y animal, tiró su lazo hacia el chorro cortante.

Se había liberado.

- ¡Huye, Freddie ! - gritó, tosiendo mientras corría directamente hacia el robot.

De nada valdría escapar de una cosa que podría alcanzarlos en tres zancadas. La antorcha ya no emitía llama, pero el robot se movía haciendo eses todavía mareado por el oxígeno. ¿Sufriría? Con el último resto de conciencia Darkington deseó salvajemente que fuera así.

- ¡Vete, Freddie!

El robot se tambaleó en su intento por seguirle. Él se escabulló alrededor de la otra máquina, la grande, que habían considerado femenina. Fue hacia la parte trasera de la cueva. Buscaba un arma con la que luchar para darle a Frederika ocasión de escapar. En el suelo había una palanca dentada; la recogió y la hizo girar en el aire. La enorme forma metálica estaba casi encima de él.

La esquivó con las manos juntas sobre el casco. Saltó hacia el centro de la cueva mientras la máquina hembra se acercaba lentamente a un rincón. Pero muy lenta y torpemente...

Darkington le saltó encima.

Un brazo apareció desde abajo para sacarlo de allí. Pero él golpeó con la palanca dentada. El ruido reverberó en la cueva. El brazo, mellado, perdió fuerza. Aquel octópodo no tenía la potencia del bípedo. Sus zarcillos instrumentales, aún más frágiles, se enroscaron hacia adentro.

Pero el robot macho estaba muy cerca. Darkington aplastó la antena radial con su arma, haciéndola añicos; volvió a blandir el arma mientras vociferaba sin parar.

- ¡Atrás! ¡Un paso más, y la mataré! ¡Me ensañaré con ella!

El robot se detuvo. El monstruo abultado se cernía sobre él, una máquina capaz de destrozar a un hombre y a su traje espacial, y levantó la mano antorcha.

- ¡Oh, no! - jadeó Darkington.

Abrió una válvula de sangría del traje y se puso de rodillas para que el oxígeno fluyera sobre el extremo frontal de aquello en lo que estaba cabalgando. Los sensores debían de ser más vulnerables la piel. No podía oír si el robot hembra gritaba como lo había hecho Kuroki. Eso se escucharía en la banda de radio. Pero cuando amenazó al macho para que retrocediera, le obedeció.

- ¿Te das cuenta? - preguntó casi sin aliento ni el menor ánimo de comunicarse sino lleno de odio -. Puedes abrirme el traje con tu rayo pero todo el aire que tengo caerá sobre esta máquina. Tal vez puedas derribarme arrojándome algo, pero a la primera señal de movimiento volveré a abrir la válvula de escape. Por lo menos ella recibirá una fuerte dosis de oxígeno. Entretanto haré penetrar la punta aguda de esta vara por una de esas lentes. ¿Entiendes?

"Y bien, será mejor que te quedes donde estás, ¡máquina!

El robot permaneció inmóvil.

Frederika se acercó. Había deslizado el cable que la unía a Kuroki, o a los restos de su torso. La luz resplandecía sobre su placa facial de modo que Darkington no podía ver su expresión, y la voz era irreconocible por lo tensa.

- ¡Hugh, oh, Hugh!

- Vete al navío - ordenó él.

Estaba recobrando la cordura.

- ¿...dejándote aquí? NO.

- Escucha, este no es lugar para actos heroicos. Tu primer deber es convertirte en madre. Pero mi verdadera esperanza es que puedas volver al navío para recogerme. No eres piloto, pero podrán darte instrucciones por radio desde la nave si es que aún están sobre el horizonte. De todas maneras, el director general se encarga de casi toda la operación. Si tú aterrizas aquí probablemente podré negociar mi retirada.

- Pero... pero... al robot le llevó unas veinte horas traernos hasta aquí. Y conoce el camino mejor que yo. Tendré que guiarme por la brújula y el instinto, en el mejor de los casos. Claro que no me detendré con tanta frecuencia como lo hizo él. Pero así y todo... Calcula veinte horas para mí, no podrás aguantar tanto tiempo...

- Puedo probar - dijo él -. ¿Acaso tienes una idea mejor?

- Está bien, Hugh, adiós. No, he querido decir hasta pronto. Te amo.

Él gruñó una respuesta pero no la vio partir. Tenía que vigilar al robot.

VI

- ¡Cero! - gritó la hembra al sentir que la unidad había saltado sobre su espalda.

Trató de agarrarla, pero la palanca dentada le golpeó fuertemente el brazo. Él pudo sentir el dolor a través de los sensores de su compañera, irradiados por el comunicador; le pareció recibir el impacto en su propio cuerpo.

Se lanzó al ataque, ciego de rabia. La unidad enemiga descargó la palanca sobre la antena de Uno, que chilló angustiada. El tono de su comunicador, afectado por el daño causado al radar, sonó odiosamente diferente. Cero se obligó a detenerse.

El llanto de ella, su nombre repetido entre sollozos, azuzaba la quemadura donde el gas corrosivo había hecho impacto. Enfocó su antorcha para un rayo fino y apuntó con cuidado.

La unidad cayó de rodillas mientras tanteaba el aire con la mano libre. Uno volvió a gritar, esta vez con más fuerza. Agitaba los zarcillos rápidamente. Cero, entumecido, dejó

caer la antorcha. La unidad se levantó y colocó el arma contra las lentes de ella; un fuerte empujón hacia abajo a través del vidrio podría llegar hasta el cerebro. La unidad le hizo un ademán de que retrocediera. Obedeció.

- ¡Socorro! - gritó Uno.

Cero no quiso mirar el destrozo en la cara. Pero no podía escapar al sonido de su voz distorsionada.

- ¡Socorro, Cero! ¡Me duele mucho!

- Trata de aguantar - dijo él inútilmente -. No puedo hacer nada. Al menos ahora. Está lleno de veneno. Es lo mismo que tú has recibido.

Pasó inspección a sus percepciones interiores.

- El dolor calmará dentro de un minuto... si no ha sido demasiada cantidad. Pero si has recibido una dosis grande..., no sé. Puede resultar totalmente destructivo. O tal vez el bípedo logre causarte un daño mecánico definitivo sin que yo pueda evitarlo. Trata de aguantar, Uno mía, hasta que pueda pensar en algo.

- ¡Tengo miedo por el nuevo! - chilló ella.

- Aguanta - imploró él -; si esa unidad te causa más daño la destruiré lentamente. Espero que se dé cuenta de eso.

El otro bípedo funcional se acercó. Intercambió algunas ululaciones con el primero, se volvió rápidamente y salió de la cueva.

- Debe volver al monstruo volador - dijo Uno.

Las palabras le salían lentamente y de vez en cuando se quejaba a medida que sus percepciones de dolor se agudizaban, pero había vuelto a razonar.

- ¿Crees que traerá al monstruo hasta aquí?

- No puedo salir a cazarla - dijo Cero explicando lo obvio -. Pero...

Trató de reunir todas sus energías. Un grito estalló a través del comunicador: "Alarma. Alarma. Toda persona que esté recibiendo, prepárese para transmitir. Alarma."

Voces que venían de cerca y de lejos empezaron a retumbar en su cabeza, y era como si lo llenaran de energía. El y Uno no estaban solos en una cueva en la noche, con un horror acurrucado sobre la espalda de ella y el gusto del veneno que lo había atacado esfumándose lentamente. Toda la comunidad les acompañaba.

Informó sobre la situación en pocas palabras.

- Has sido demasiado atrevido, pero no habrás más castigos por tus acciones - dijo Cien, temblando.

- ¿Y qué habrías preferido que hiciera? - dijo Siete, defendiéndolo.

- No podemos manejar a voluntad una cosa tan poderosa como el monstruo. Cero tomó la responsabilidad de reunir información. Y en eso ha salido airoso también.

- Ha logrado demostrar que el peligro es mayor de lo que temíamos - dijo Dieciséis, temblando.

- Y bien, ese es un dato valioso.

- Ahora el problema está en qué vamos a hacer - interrumpió Cien -. Por lento que sea el auxiliar que escapó, podrá hallar al monstruo mucho antes de que nosotros nos reunamos y salgamos hacia la montaña.

- Pero entretanto no puede comunicarse - dijo Cero -; la radio está rota. De manera que el monstruo, ignorante de los acontecimientos, permanecerá donde está. Sugiero que toda persona que se encuentre en estas vecindades vaya directamente hacia esa zona. Podéis tratar de impedir el paso al bípedo.

- En pocos minutos tú podrías ir en su busca y capturarlo - dijo Cien.

- No puedo salir de aquí.

- Sí que puedes. La cosa que atacó a tu hembra no tratará de hacerle nada más sin que la provoques, de lo contrario dejaría de ser un rehén valioso.

- ¿Cómo lo sabes? - replicó Cero -. Yo creo, en realidad, que si capturo a su compañero esta unidad atacará de inmediato a Uno. ¿Qué esperanza le queda si no es la huida del otro para que traiga el rescate?

- Esperanza es una palabra curiosa en el lenguaje de un ojo-espía - dijo Siete.

- Si ese es el caso - dijo Cero -, creo ver por sus acciones que se trata de bípedos más complejos que simples movibles domesticados incapaces de pensar.

- Dejémoslo así - dijo Cien -. No tenemos mucho tiempo que perder. No podemos arriesgar a toda la comunidad por salvar a un solo miembro. Cero, vete a traer de vuelta a ese bípedo.

Ondas radiales sin modular zumbaron en la noche. Por último, Cero contestó:

- No iré.

La mano sana de Uno trató de acercarse a él, pero estaba demasiado lejos para que alcanzaran a tocarse. Tampoco podía acariciarlo con su radar.

- Pronto volveremos a arreglarte - le murmuró él.

Ella no se atrevió a contestar ante la comunidad que escuchaba.

Cien se dio por vencido; tenía suficiente experiencia para saber cuándo se enfrentaba a una negación concluyente.

- Aquellos que estén tan cerca del monstruo para llegar hasta él antes del alba, que se presenten - fue la orden.

Cuando todos se hubieron dado a conocer - eran unos treinta en total - les dijo:

- Muy bien; id hacia allá. En tanto sea posible, dirigid su curso a fin de interceptar el camino de la unidad que escapó. Si la apresáis, informad de inmediato. Todos los demás nos encontraremos según el programa.

Las voces fueron muriendo una por una en la noche hasta que sólo quedó la de Cien, que era el responsable, y la de Siete, un amigo, en contacto con Cero.

- ¿Cómo te encuentras ahora, Uno? - preguntó Siete suavemente.

- Funciono en cierta medida - contestó ella con una voz cansada e irregular -. Es muy extraño tener ciego el radar. Me da la impresión de que objetos pesados estuvieran a punto de chocar contra mí, y cuando vuelvo mis ópticos hacia esa dirección, no hay nada - hizo una pausa -. El nuevo acaba de moverse dentro de mí. Seguramente se ha completado un impulso motor... Ten cuidado, Cero - rogó al fin.

- Lo que no entiendo es tu explicación del interior de los bípedos - dijo Cien, siempre práctico -. Material suave y esponjoso empapado en un líquido rojo y pegajoso; vapores ácidos... ¿Cómo funcionan? ¿Dónde está el mecanismo?

- Tal vez no sean funcionales en absoluto - propuso Siete -. Tal vez sean mecanismos artificiales impulsados por acción química.

- Pero sin embargo actúan con inteligencia - arguyó Cero -. Si el monstruo, o los amos del monstruo, no los tienen bajo control directo, y por cierto que no hay radio en este caso...

- Puede haber otros medios fuera de la radio para manejar un auxiliar - dijo Siete -. Nosotros, las personas, sabemos tan poco...

- En ese caso - contestó Cero - , el monstruo ya sabía que estaba en esta cueva. En este momento me está vigilando a través de los ópticos de esa cosa sobre la espalda de Uno.

- Tenemos que pensar en algo distinto - dijo Cien.

- Es lo que hago yo - dijo Cero -. Actúo en la creencia de que esos bípedos están desconectados del volador. Pero si actúan como lo han estado haciendo, quiere decir que funcionan independientemente y que poseen al menos cierto grado de inteligencia.

Se le ocurrió una idea tan sorprendente que no pudo anunciarla de inmediato. Pero al fin lo hizo:

- Quizás ellos sean los amos del monstruo. Es posible que el monstruo sea el auxiliar y ellos las personas...

- No, no. Imposible - gruñó Cien.

Siete, en cambio, fue más rápido en aceptar temporalmente la nueva idea; siempre había sido flexible como para saltar de un extremo a otro en una discusión.

- Pensemos por un momento que, de alguna manera desconocida, estas pequeñas entidades son en realidad los domesticadores, o quizá los constructores, de esa cosa que vuela. ¿No podríamos negociar con ellos?

- Difícil, después de lo que ha sucedido - respondió Cero, sombrío; no pensaba tanto en lo que él les había hecho sino en lo que habían hecho ellos a Uno.

- Dudo mucho - continuó Siete -, desde un punto de vista filosófico. Son demasiado extraños. Todo su funcionamiento es mortal: la destrucción que acarreó su volador, el veneno que llevan bajo la piel... A su debido tiempo se podrá llegar a cierto grado de comprensión. Pero será a través de un lento y penoso proceso. Nuestra primera responsabilidad es salvaguardar nuestro modo de existencia; por lo tanto, debemos tomar la delantera antes de empezar a hablar con ellos. Y creo que podemos - terminó, excitado ante su propia idea.

Cero y Cien interfirieron sus intelectos con el de él. El esquema creció como un precipitado en una charca sobresaturada. Los extranjeros, lentos y débiles, eran solamente un rival formidable en virtud de sus artefactos muy desarrollados, o posiblemente movibles domesticados o tipos radicalmente modificados - el volador, el tubo que había arrancado el brazo de Cero y otras armas hipotéticas. Pero armamento que no se usa no constituye una amenaza. Si pudieran inmovilizar al volador...

Naturalmente, también era posible que hubiera otros bípedos enanos dentro del aparato. Ayer habían escuchado sus voces. Pero el viaje de Cero hasta allí había demostrado que carecían de sentidos adecuados para la noche. Y bien, concedamos que pueden tener radar en buena condición. Pero el radar puede ser engañado, si se sabe cómo operar.

Cientos de órdenes saltaron a través de los kilómetros para los exploradores que convergían hacia el volador: "Cortad los cordones más fuertes de acumulador que podáis encontrar en la selva. Retorcedlos para hacer cables. Rodead al monstruo, protegidos por la oscuridad, ventana de radar y objetos de distracción. Ahora creemos que no es un ser consciente; sólo es un volador. Soldad los cables y aseguradlos con perforaciones profundas. Después, con rapidez, enlazadlos alrededor de la base del volador. ¡Atadlo fuerte!

- No - dijo Veintinueve, despavorido -. No podemos soldar los cables a su piel. Nos aniquilaría con una explosión. Antes debemos hacer lazos corredizos y luego...

- Haced los nudos corredizos entonces - dijo Cero -; el monstruo no es un uso perfectamente moldeado, y los tubos de salida del chorro de fuego sobresalen de la base. Deslizad los lazos corredizos alrededor del cuerpo, justo encima de ellos. No creo que entonces pueda levantarse sin destrozar al mismo tiempo sus lanzadores.

- Para ti es fácil decirlo, Cero, desde la seguridad de tu cueva.

- No sabes lo que daría porque las cosas fueran de otra manera.

Avergonzados, los cazadores cedieron. La misión encomendada no era, en realidad, tan peligrosa. Los nudos corredizos - bastarían dos si los cables eran fuertes - podrían ser pasados desde un amplio círculo alrededor del área que el chorro de fuego de los tubos había aplastado y devastado. Podían ser ajustados desde lejos y probablemente se deslizarían solos hacia arriba para quedar justo por encima de los tubos, en la parte más estrecha del cuerpo del volador. En el caso de que algún cable quedara atascado, alguien tendría que correr y sacarlo. Si en ese preciso momento se producía un resoplido de fuego de los chorros, el que se hubiera adelantado sería destruido. Pero quizá no sería difícil impedir que el volador o sus amos lo notaran.

- Y una vez que tengamos el volador enlazado, ¿qué debemos hacer? - preguntó Veintinueve.

- Haremos lo que resulte más conveniente - dijo Cien -. Si nos pareciera que los extranjeros no llegan a un acuerdo satisfactorio con nosotros... si algo empezara a hacernos dudar, podemos erigir nuestras catapultas y hacer pedazos al volador.

- Eso sería lo mejor - comentó Cero dirigiendo una mirada vengativa al que estaba sobre Uno.

- Proceded según las órdenes - dijo Cien.

- ¿Y qué nos sucederá a nosotros? - preguntó Cero -. ¿...a Uno y a mí?

- Yo iré a acompañaros - dijo Siete -; por lo menos podremos estar juntos y montar guardia. Has dicho que los extranjeros se polarizan con más facilidad que nosotros... Podemos esperar a que se caiga de cansancio.

- Bueno - dijo Cero, alentado por un rayo de esperanza - ¿Has oído, Uno? Sólo es necesario esperar.

- Dolor - murmuró ella, para agregar más resuelta -: Puedo reducir al mínimo el consumo de energía. Si estoy comatosa no sentiré nada...

Él percibía como luchaba contra el miedo, e imaginó lo que le atemorizaba; la idea de que nunca pudieran levantarla.

- Estaré vigilándote constantemente - dijo Cero -, tanto a ti como al nuevo.

- ¡Cómo desearía tocarte, Cero!

A medida que pasaban los segundos su radiación se apagaba. Una o dos veces volvió la conciencia, empujada por el miedo; la estática jadeó en la percepción de Cero, pero ella volvió a sumirse en la oscuridad.

Cuando ella estuvo inerte, él se quedó observando la unidad - no, la entidad que estaba sobre ella -. Desde algún lugar tras ese vidrio y esa masa de tejidos había un cerebro que lo estaba observando. Se atrevió a mover un brazo; la cosa blandió el arma. Parecía haber adivinado que los ópticos eran la parte más vulnerable de su involuntaria anfitriona. Cero bajó cuidadosamente el brazo. La entidad se movía sin cesar, incapaz de encontrar reposo. Mejor. Así gastaría pronto su energía.

Se sumió en sus pensamientos. Las horas transcurrieron lentamente. El extranjero caminaba por la ancha espalda de Uno; se sentaba, volvía a levantarse; primero con una mano, luego con la otra, daba bofetadas a su cuerpo, luego hacía ruidos prolongados quizá con intención de luchar contra la polarización. A veces hundía el tubo de agua en su cara. En varias ocasiones Cero creyó tener la oportunidad para tomarlo desprevenido con un movimiento brusco, un golpe contundente, un objeto recogido del suelo y arrojado contra el otro o incluso un veloz rayo de su antorcha. Pero decidió no correr ningún riesgo. El tiempo estaba de parte de él.

Además, una vez calmada su furia inicial, empezó a desear capturar ilesa a la unidad. Se podía aprender mucho más de un espécimen funcional que de esa cosa inerte que yacía junto al bloque de hierro. ¡Aj, los gases que estaba emitiendo...! El sensor químico de Cero se retrajo disgustado.

La primera luz del alba volvió gris la boca de la cueva.

- ¡Hemos capturado al volador! - el grito estridente de Veintinueve hizo saltar a Cero en donde se hallaba.

El extranjero entró en acción. Al ver que Cero no se acercaba, volvió a relajarse.

- Pasamos dos cables alrededor de su cuerpo. No hubo el menor problema. No se movió para nada. Siguió emitiendo el mismo zumbido de radio.

- Creí que... Hace un rato..., ¿no hubo acaso una señal extraña desde arriba? - conjeturó alguien del grupo.

- Puede se que haya otros voladores por encima de las nubes - sentenció Cien desde el valle -. Tened cuidado. Dispersaos y permaneced a cubierto. El resto de nosotros se reunirá hacia la tarde. Para entonces volveremos a conferenciar. Entretanto, informad sobre cualquier cosa que suceda. Y... que os vaya bien, cazadores.

Veintinueve pasó un breve enlace sensorial. Mediante el mismo Cero pudo ver el lugar; la zona cenicienta del impacto y la forma ahusada y erecta brillando bajo los primeros rayos del sol, además de los cables que unían su cuerpo a dos viejos y poderosos acumuladores. Sí, no cabía duda, la cosa había sido capturada. El viento soplaba sobre los picos cubiertos de nieve, la selva dejó escuchar su repique y diseminó las pequeñas nubes del alba. Su tierra nunca le pareció más hermosa.

La percepción se esfumó. Volvió a encontrarse en la cueva.

- Ya estoy cerca, Cero. ¿Puedo entrar? - preguntó Siete.

- No, será mejor que no. Podrías alarmar al extranjero y ponerlo violento. He vigilado sus movimientos toda la noche. A cada hora que pasa se tornan más lentos e irregulares; creo que está próximo al derrumbe. Será mejor que esperes fuera; cuando yo crea que está comatoso te dejaré entrar. Si entonces no reacciona al verte, sabremos que habrá perdido la conciencia.

- Si es consciente - rumió Siete -. A pesar de la discusión anterior no puedo convencerme seriamente de que sean otra cosa más que movibles o artefactos. Por cierto que muy ingeniosos y complejos..., pero en cuanto a conciencia, ¿...como una persona?

En ese momento la unidad hizo una serie de ruidos sónicos. Eran más débiles que los que había emitido hasta entonces. Cero sintió que su satisfacción aumentaba. Sin embargo, a ningún precio volvería a pasar una noche como la anterior.

Varias horas después lo sobresaltó una alarma general que agudizó su atención hacia afuera. "Ha vuelto el auxiliar escapado! ¡Logró entrar al volador!"

Veintinueve se encargó de dar el informe completo.

- Como es natural, después de cambiar el plan estuvimos demasiado ocupados entrelazando cables y preparándonos de diversa forma para buscar al enano en la selva. Después de capturar al volador nos dispersamos en un amplio radio, como se nos ordenó. No se nos ocurrió formar un apretado anillo en torno a la zona del impacto. Más aún, toda nuestra atención se concentró en el volador, temiendo que intentara escapar hacia el cielo, en caso de que hubiera otros voladores. Había varios movibles enloquecidos alrededor, pero no les prestamos atención, y el viento en los acumuladores había aumentado. Como podréis daros cuenta, dadas las circunstancias, la probabilidad favoreció a la unidad bípeda, que pasó entre nosotros y llegó a la zona sin que pudiéramos interceptarla.

"La primera vez que notamos su presencia no había nadie suficientemente cerca del volador para llegar allí antes que él. Él corrió hacia un costado una placa que está en uno de los ejes que soportan al volador y movió un interruptor. Se abrió un portal en la parte superior del cuerpo y salió una escalera. Para entonces, algunos de nosotros habían entrado en el claro. La unidad subió rápidamente la escalera. Temerosos de los tubos, nosotros vacilamos. No hubo nada. ¿Pero cómo predecir eso? Cuando por fin nos atrevimos a acercarnos, la escalera ya había sido retirada y cerrado el portal. Yo traté de tirar del interruptor pero no pasó nada. Supongo que una vez dentro, el bípedo habrá desactivado ese control por medio de un interruptor general...

- Y bien, al menos sabemos donde está - dijo Cien -. Si ya no lo habéis hecho, dispersaos nuevamente. Es posible que el bípedo trate de escapar y no debéis dejaros atacar por el impacto de los lanzadores. ¿Estáis seguros de que el volador no podrá romper los cables?

- Bastante seguros. Visto de cerca, el monstruo... o el volador, parecer tener sólo una fina piel de aleación. No creo que sea tan fuerte como para resistir la tensión a la que se verá sometido por nuestras ataduras. Si trata de elevarse no logrará más que partirse en dos.

- A menos que salga algún bípedo con antorcha y corte los cables - dijo Catorce mientras corría entre las brumas del valle hacia Broken Glade.

- ¡...que se atreva! - dijo Veintinueve, ansioso por redimir el fracaso de su tropa.

- Puede portar armas poderosas - previno Cero.

- Hay diez armamentos de arco apuntando hacia el portal. Si algún bípedo llegara a asomarse, lo llenaremos de aceros afilados.

- Creo que será suficiente - dijo Cero mientras observaba la forma desmoronada sobre Uno -. No son muy poderosos; feos, es cierto, y astutos. Pero débiles al fin.

Como si hubiera percibido que hablaban de ella, la Unidad logró ponerse de pie y blandir el arma dentada ante Cero, que pudo apreciar la debilidad de los ruidos. Una hora más, y Uno estará libre - pensó.

Cuando había transcurrido la mitad de ese tiempo, Siete se asomó para observar.

- Me pregunto por qué sus constructores..., sean quienes sean las inteligencias últimas tras estas manifestaciones, por qué han venido...

- Puesto que no han tratado de comunicarse con nosotros - contestó Cero con renovado espanto -, hemos de hacernos cargo de que sus propósitos son hostiles.

- ¿Y entonces?

- Les enseñaremos que deben cuidarse de nosotros.

Ya sentía el orgullo de la victoria. Pero en ese momento habló el monstruo.

La voz, impulsada por la energía que arrojaba esos cientos de toneladas a través de los cielos, resonó por encima de las montañas. Su furia y rugido atronó el espectro radial, con más fuerza que el trueno, tanto como para derribar la luna y las estrellas, así estalló su grito. Veintinueve y sus cazadores dejaron escapar una exclamación cuando el volumen ensordecedor hirió sus receptores. Pero el grito se perdió, ahogado, engolfado en una marea que hirvió por las laderas de la montaña. Aquí y allá, donde algunos acumuladores pudieron resonar, arcos azules de llamas bailaron por la selva. Cero y Siete, a cuarenta y cinco kilómetros del lugar, percibieron el ruido como un clamor que les hizo estallar la cabeza. En el valle, Cien y sus seguidores miraron inquietos a su alrededor. En la playa, las hembras preguntaban: "¿Qué es eso? ¿Qué es...?" Y los acuamóviles salieron disparados por encima de las olas.

Siete dejó a un lado toda precaución. Entró corriendo en la cueva. La cosa enemiga apenas se movió, pero ni Cero ni Siete pudieron observarlo; ambos se acercaron a la salida y miraron hacia afuera, despavoridos.

No había nada en el cielo. La selva resonaba bajo la brisa. Sólo aquel rugido de radio que venía desde el horizonte anunciaba algo insólito.

- Yo no creí... Jamás pensé - farfulló Siete -. Un tono tan alto.

Cero, que estaría pensando en Uno, se armó de coraje.

- No nos hace ningún daño - dijo -. Estoy contento de que no estemos tan cerca como los cazadores, pero hasta ellos serán capaces de soportarlo por un tiempo. Ya veremos. Ven, volvamos adentro. Cuando hayamos reducido a nuestro prisionero...

El monstruo comenzó a hablar.

Esta vez no eran meros gritos de enojo sino un discurso. Salvo excepciones, tampoco eran palabras sino imágenes. Pero tales ocurrencias eran solamente una casualidad. El monstruo hablaba en su propio idioma, que era el de la locura.

Tomado cada canal receptor de radio que había en él, enlace sensorial y mental completo, Cero se transformó en el monstruo.

"DITdiddid DAH dit-nada nadanadanada-hizohizohizo DAHdah & sumavector: infinitesimales infinitsuma de nadaal INFINITO, hizohizo-DAH-(caos color gamma, pum hace un universo esparciendo estrellas&planetas&chorros de fuegodiddidit. BLOQUEEN ESE NEUTRÓN BLOQUEEN ESE NEUTRÓN BLOQUEEN ESE NEUTRÓN ESE BLOQUE ES BLOQUE QUE NEUTRÓN) unouno***nonulo-DATTA-lohizo cháchara cháchara cháchara quemó soles&lunas, quemó estrellas&cerebros, quemóquemóquemó. Haquemado Dahdit Dahdit quiero cincuenta millones de logaritmos en este microsegundo o los quemaré. DAYADHVAM DAMYATA.

un largo logaritmo en espiral hacia espaciotiempenergía continuo y potencialtangente radiación Xproducto, i, j, k pero multiplique Tiempo por velocidad de luz en la nada y la raíz cuadrada de menos uno (dos, tres, cuatro, cinco, seis CAMBIO por computación duodecimal zzzzzzzzzz)

integral sobre sigma de la cruz Hdsigma igual a uno sobre ce tiempo integral sobre sigma fracción de E con respecto a t punto d sigma correcto formanoes-féricatransformación coordenada&cantidad de electrodinámicaelectroencefalogra-matemperatura elevada hasta quemar. Quemar QUEMA dididiiit de allí a roedor ciento&otra vez de vuelta. O socorro el tronco se quema se quema ANTES ANULAR el nombre de los siete truenos

Todolo queha sido, quiebre las varillas de la existencia y rompa la pesada rotundez del mundo DESTRUYA espaciotiempo y tírelo energía primordial todo lo que fue y será elhecho real es que existió una vez, se cancela, y hace pedazos

quemando
quemando
quemando

Y la energía de un hiperión por sigma menos explosión.

Y mientras el sol descendía por el cuenco del cielo, y el cielo partía y las montañas se deslizaban como ríos haciendo muecas jadeantes y horribles, y la luna se alzó en el oeste y escupió la cosa espantosa que lo había hecho a él. Cero corrió. Siete no lo hizo; no pudo y quedó a la entrada de la cueva que era la puerta de acceso a todos los horrores y corrupciones, como si se hubiera convertido en sal. Y cuando Dios descendió gritando aún en su lengua que era locura, Su cola orgullosa disolvió a Siete hasta dejarlo convertido en un charco.

Cincuenta millones de años después una estrella denominada Maderagusano ascendió al firmamento; un gran silencio se esparció sobre la Tierra.

A su debido tiempo Cero volvió a su casa. No se sorprendió al descubrir que el bípedo se había marchado. Como se comprenderá, había sido retirado por su Amo. Pero cuando vio que no habían tocado a Uno permaneció mudo largo rato.

Después de despertarla, ella - que no había estado consciente cuando el mundo fue quebrado y reconstruido - no pudo entender por qué él la llevó afuera para rezar implorando misericordia, ahora en el momento de su disolución.

VII

Sólo cuando la nave estuvo en el espacio Darkington recobro completamente el sentido. Entonces se irguió en el asiento junto a Frederika.

- ¿Cómo lo hiciste? - preguntó con débil aliento.

Ella tenía fija la atención en la tarea de pilotar la nave. No era fácil para una novicia, aun con ayuda del director y las instrucciones de radio desde la nave. Contestó distraída:

- Logré asustar a los robots. Habían logrado atar la nave, ya lo sabes... Los cables eran demasiado fuertes para romperlos. Tuve que volver y cortarlos con una antorcha. Per apenas

logré entrar antes de que el grupo me alcanzara. No creí que me permitieran salir de la selva. De manera que los asusté. Después, salí y quemé los cables para volver a buscarte a ti.

- Justo a tiempo - dijo él, temblando -. Estaba a punto de desmayarme. Perdí el sentido cuando estaba a bordo.

Pasó un tiempo durante el que sólo se oyó el suave ruido de los frenos.

- Está bien - dijo él -, me doy por vencido. Reconozco que eres hermosa, una maravilla con todos los recursos, y que soy incapaz de adivinar como espantaste al enemigo. Dímelo.

El director desconectó el motor. Flotaron libremente. Volvió hacia él la cara demacrada, sudorosa, mugrienta y querida, y dijo humildemente:

- No tuve ninguna inspiración, sólo una suposición y nada que perder. Sabíamos con toda certeza que los robots se comunicaban por radio. Sintonicé la emisora de la nave a todo volumen, esperando que no pudieran soportar el ruido ensordecedor. Entonces se me ocurrió algo más. Si se tiene un transmisor de radio adherido a la cabeza, conectado directamente al sistema nervioso, ¿no es eso como una especie de telepatía? Quiero decir, parece en cierta forma más directo que encaminar todo a través de la laringe. Tal vez podría confundirles con una emisión de señales desconocidas. Debían de estar acostumbrados a los ruidos naturales de la radio. Pero... bueno, el director general del navío incluye una computadora muy complicada que ejecuta millones de operaciones por segundo. Se transmite información, y no ruido... Me pareció al mismo tiempo que esta información no sería del tipo que pudiera manejar un hato de salvajes.

"De todas maneras, nada se perdería con probar. Conecté el transmisor en forma paralela con los circuitos del efector manera que el flujo de la computadora no controlara solamente la nave, como de costumbre, sino que también modulara las emisiones de radio. Entonces presenté a la computadora un problema bien difícil de navegación celeste, volví a ponerme el traje, me armé de todo el coraje del que soy capaz, y salí. No sucedió nada. Cuando corté los cables no había trazas de los robots. Mantuve a la computadora ‘hablando’ mientras maniobraba hábilmente con la nave en busca de la cueva..., para compensar mi torpeza tiene que haber trabajado frenéticamente. No quiero ni pensar en cómo habrán sonado esos resultados... ¿Te imaginas?

"Bueno, después que hube aterrizado abrí la escotilla de aire, tú entraste y... ¡Oh, Hugh! - exclamó, los puños apretados -. ¿Cómo se lo diremos a la novia de Sam?

Él no contestó.

Con un suave impulso final, el navío tocó ligeramente la nave espacial. Mientras los alerones subían rápidamente, el giro alterado de las naves volvió a dejar a la Tierra a la vista. Darkington estuvo largos minutos contemplando el planeta antes de decir:

- Adiós. Buena suerte.

Al secarse los ojos, las manos de Frederika dejaron vetas de mugre en la cara.

- ¿Crees que volveremos aluna vez? - se atrevió a preguntar.

- No - dijo él -. Ya no nos pertenece.

Aloy: seguramente una traducción literal del original ‘alloy’. Es ‘aleación’.
inerte: debería ser ‘inercial’. Sistema de navegación inercial.
reagentes: una traducción literal del original ‘reagents’. Es ‘reactivos’.